

Pedro Herrera Roldán
IES El Brocense, Cáceres



La Historia de la persecución vándala en África de Víctor de Vita y su valor documental

De todas las obras de naturaleza literaria que se refieren al reino fundado por los vándalos en territorio norteafricano, la *Historia de la persecución vándala en África* del obispo Víctor de Vita es sin duda, junto con los correspondientes libros de la *Historia de las guerras de Procopio*, la que mayor cantidad de información aporta, en particular respecto a los reinados de Geiserico (428-477) y Hunerico (477-484). Por esa misma razón, desde hace bastante tiempo viene siendo objeto de un riguroso examen, sobre todo por parte de quienes, contrariamente a la tesis tradicional, sostienen que el nuevo estado gozó de una estabilidad interna y una prosperidad económica nada despreciables para su época.¹ De semejante escrutinio, preciso es reconocerlo, el breve escrito del Vitense no ha salido a menudo demasiado bien librado: exceptuando algunos trabajos de carácter general consagrados a la Historia de la Iglesia católica, la mayor parte de la crítica moderna se ha inclinado por restar, o directamente negar, valor documental al texto; de hecho, en alguna ocasión se lo ha llegado a tachar de mero conjunto de narraciones hagiográficas o incluso de libelo de agitación política.² Ahora bien, por muy ciertos que puedan resultar algunos de

¹ Esta corriente, cuyos inicios pueden rastrearse ya hacia mediados del siglo XVIII, empezó a cobrar fuerza con los estudios de Felix Papencordt (1837), August Auler (1882) y, muy señaladamente, Ludwig Schmidt (1901); restringida en un principio a suelo germano, esta tendencia revisionista no tardó en traspasar fronteras y ser adoptada por historiadores franceses como Christian Courtois (1955), cuyo trabajo supuso un hito en el conocimiento y la positiva valoración del reino vándalo. Desde mediados de la pasada centuria esta línea de interpretación no ha hecho más que crecer, hasta el punto de ser hoy la predominante en las monografías dedicadas a este pueblo. Buena prueba de ello son las obras de Frank Clover (1993), Andy Merrills y Richard Miles (2010), Konrad Vössing (2014) y, en nuestro país, M^a Elvira Gil Egea (1998) o, más recientemente, David Álvarez Jiménez (2016), por mencionar solo algunos de los estudios más destacados.

² Véase, por ejemplo, August Auler, "Victor von Vita", en *Historische Untersuchungen. Arnold Schäffer zum fünfundsanzigjährigen Jubiläum seiner akademischen Wirksamkeit gewidmet* (Bonn: Emil Strauss, 1882), pp. 253-

los reproches que se le han dirigido a la obra, hoy por hoy sigue siendo prácticamente imposible abordar un estudio en profundidad del reino vándalo sin referirse de alguna u otra forma a ella. Así pues, su grado de credibilidad como fuente de información sigue siendo una cuestión abierta sobre la que no resulta inoportuno volver. Para ello conviene comenzar por analizar la naturaleza del opúsculo, así como sus destinatarios y primordial intención, pues se trata de aspectos en absoluto ajenos a la tarea que aquí nos proponemos.

Como es bien sabido, la *Historia de la persecución vándala en África* es, en esencia, un apasionado relato de las tribulaciones que durante la primera media centuria del reino vándalo padecieron los católicos norteafricanos a manos de sus nuevos señores, unos bárbaros de credo arriano. El texto, que en todos los manuscritos que lo albergan va precedido de una breve epístola dedicatoria con carácter de prólogo,³ se presenta en las ediciones modernas articulado en tres libros:⁴ el primero de ellos, tras pasar rápidamente por los horrores de la invasión y conquista vándalas, se centra en los atropellos cometidos durante el largo reinado de Geiserico; los dos restantes, más extensos, se consagran al gobierno de su hijo Hunerico, y en particular a la serie de disposiciones anticatólicas que este adoptó entre los años 482 y 484. En realidad, la exposición de estas medidas, que se presentan como una auténtica persecución contra la comunidad nicena, constituye el grueso de la obra, en concreto casi sus tres cuartas partes. Ahí reside también el principal objetivo de Víctor, quien claramente no pretendía, no ya trazar una historia del pueblo vándalo o de los territorios bajo su dominación, sino ni tan siquiera una de la Iglesia

275, esp. pp. 260-275; Christian Courtois, *Victor de Vita et son œuvre. Étude critique* (Argel: Imprimerie officielle du Gouvernement Général de l'Algérie, 1954), pp. 75-86, y *Les vandales et l'Afrique* (Paris: Arts et Métiers Graphiques, 1955), pp. 167-168; Roland Steinacher, "Who is the Barbarian? Considerations on the Royal Vandal Title", en Walter Pohl & Gerda Heydemann (ed.), *Post-Roman Transitions. Christian and Barbarian Identities in the Early Medieval West* (Turnhout: Brepols, 2013), p. 437; o David Álvarez Jiménez, *El reino pirata de los vándalos* (Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2016), pp. 96-97. En uno de estos trabajos se ha llegado al extremo de esgrimir el carácter "decadente" del latín de Víctor como argumento para cuestionar la validez de su testimonio; en algún otro, los únicos datos que se aceptan sin reservas son prácticamente los relativos a la fauna, flora y clima de África.

³ Frente a lo que ocurre en otros casos similares, esta artificiosa pieza, más que aportar información, plantea interrogantes respecto a la propia estructura y autoría, su destinatario o incluso la misma génesis y naturaleza de la *Historia*. Aunque no sin reservas, hoy se suele aceptar que fue compuesta en su totalidad por el Vitense y que estaba dirigida a un superior suyo, quizá el obispo Eugenio de Cartago, quien le habría encomendado la redacción de la obra. Véase al respecto Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique* (Paris: Les Belles Lettres 368, 2002), pp. 14-17, cuya edición crítica del texto seguimos a lo largo del presente trabajo.

⁴ No obstante, véase *infra*, n. 25. Además de la obra de Serge Lancel mencionada en la nota anterior, la *Historia persecutionis Africanae provinciae* ha sido objeto de las ediciones críticas de Karl Halm, *Victoris Vitensis Historia persecutionis Africanae provinciae sub Geiserico et Hunerico regibus Wandalorum* (Berlín: Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi 3, 1, 1879); Michael Petschenig, *Victoris episcopi Vitensis Historia persecutionis Africanae provinciae* (Viena: Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum VII, 1881); más recientemente, Konrad Vössing, *Victor von Vita. Kirchenkampf und Verfolgung unter den Vandalen in Africa* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2011).

norteafricana durante dicho período. Ahora bien, si el tema central del opúsculo no plantea la menor duda, por desgracia no ocurre lo mismo con el género literario al que puede ser adscrito, pues, según se acaba de apuntar, no son pocos los que, pese a su título y contenido, le han negado carácter historiográfico con arreglo a una amplia serie de argumentos. En efecto, además de su generoso despliegue de artificios retóricos, se le han achacado al texto una interesada selección de materiales y la ausencia de un contexto histórico amplio, pero por encima de todo ello una absoluta falta de imparcialidad en la exposición de los hechos, así como un enorme influjo de la literatura hagiográfica y apologética.⁵ Desde luego, se trata de acusaciones bien fundamentadas y, a ojos de un lector moderno, suficientes para excluir del género de la historiografía cualquier escrito; no obstante, sería injusto asumirlas sin someterlas antes a unas mínimas matizaciones.

De todos los aspectos señalados, uno de los que más reparos genera, y sin duda al que más incorrecciones se atribuyen, es la infiltración de la hagiografía y la apología. Ciertamente, la extensión del primer elemento en la *Historia* es considerable, y no solo por los numerosos episodios que en ella protagonizan mártires y confesores: también se pone de manifiesto en la concurrencia de varios de los ingredientes típicos de esta clase de relatos como, por ejemplo, visiones y milagros o el enfrentamiento entre un fiel y su oponente;⁶ y el mismo influjo revela, esta vez desde un punto de vista formal, la marcada inclinación de Víctor por la exageración o los detalles truculentos.⁷ A su vez, la presencia de la apología se advierte en la frecuencia de citas bíblicas, la manifestación de cierta perspectiva milenarista⁸ o la inclusión de documentos como el denominado *Libro sobre la fe católica*;⁹ pero más aún se

⁵ Un resumen de todos estos razonamientos en Claude Bourgeois, “Les vandales, le vandalisme et l’Afrique”, *Antiquités africaines* 16 (1980), pp. 213-228, esp. pp. 220-221 (en https://www.persee.fr/doc/antaf_0066-4871_1980_num_16_1_1065), o en Salvatore Costanza, *Vittore di Vita. Storia della persecuzione vandalica in Africa* (Roma: Città Nuova, 1981), pp. 18-22.

⁶ *Hist. pers.* I 34, 38; II 11, 18-22, 47-51 o III 26 y 30 (hechos de naturaleza prodigiosa), así como II 28, 43-44; III 17, 22, 27, 28, 46, 49 o 50 (firmeza de la víctima frente su antagonista, a veces manifestada con expresiones tomadas de las *passiones*).

⁷ *Hist. pers.* I 4, 5, 7, 8, 10, 30; III 26, 30, 31 o 55-58 (expresiones hiperbólicas), así como I 7, II 24-25, 32-33 o III 31 (complacencia en atrocidades), entre otros casos. La descripción pormenorizada de los efectos físicos de las torturas podría encontrar una explicación adicional en la relación de nuestro autor con la Medicina, como sugiere Danuta Shanzer, “Intentions and Audiences: History, Hagiography, Martyrdom and Confession in Victor of Vita’s *Historia Persecutionis*”, en Andrew Merrills (ed.), *Vandals, Romans and Berbers. New Perspectives on Late Antique North Africa* (Aldershot: Ashgate Publishing, 2004), pp. 271-290, esp. pp. 278 y 289 (en https://www.academia.edu/455611/Intentions_and_Audiences_History_Hagiography_Martyrdom_and_Confession_In_Victor_of_Vitas_Historia_Persecutionis). Sus consideraciones en ese sentido podrían verse reforzadas por el empleo que se hace de ciertos términos, como por ejemplo *pala* (III 31), en acepciones propias de tratados médicos según *ThLL s. u. 2 b β*.

⁸ Visible particularmente en *Hist. pers.* III 32, donde el declive del Imperio romano se ve asociado a la cercanía del fin del mundo.

⁹ *Hist. pers.* II 56-101. Como se sabe, se trata del escrito teológico compuesto por Eugenio de Cartago que los prelados nicenos presentaron en el transcurso del debate doctrinal de febrero del 484.

hace evidente en el sistemático empleo de mecanismos propios de la literatura polémica con los que se busca reforzar la propia visión de los hechos, aun a costa de deformar la realidad.¹⁰ Pero no acaba ahí la influencia de los referidos géneros: a ella se debe también la presentación conforme a modelos bíblicos de ciertos acontecimientos, lo mismo que la interpretación en clave teológica que a menudo se lleva a cabo de ellos, y que sustituye a un análisis razonado de sus causas.¹¹ Ahora bien, la aparición de todos estos elementos no debería verse como una anomalía exclusiva de nuestro autor, sobre todo en un período tan dado a la fusión de géneros como el tardío: desde luego, no era la primera vez que se producía en la historiografía cristiana, y ni mucho menos iba a ser la última. Por otra parte, se ha de reconocer que componentes en principio extraños al género como los sucesos de carácter sobrenatural no faltaron nunca entre los historiadores antiguos, y en todo caso no alcanzan demasiada extensión ni peso en el texto;¹² y lo mismo cabría decir de los datos biográficos concernientes a mártires y confesores, por lo general bastante escuetos.¹³ Por último, convendría tener en cuenta que las injerencias señaladas no parecen ser consecuencia de unas escasas dotes de Víctor, sino responder a un fin concreto: mientras que con el recurso a la literatura hagiográfica se buscaba enaltecer los sufrimientos del presente equiparándolos con los de un venerable pasado, la adopción de mecanismos

¹⁰ Dentro de ellos destacan muy particularmente los que insisten en oponer de todas las formas posibles los binomios romanos/católicos y vándalos/arrianos, según se ve en *Hist. pers. prol.* 4, I 27, 41 y 44, o en III 40, 60, 63 y 69. Este aspecto ha sido subrayado, entre otros, por Salvatore Costanza, “Uuandali-Arriani e Romani-Catholici nella *Historia persecutionis Africanae provinciae* di Vittore di Vita. Una controversia per l’uso del latino nel concilio cartaginese del 484”, *Oikumene, Studi paleocristiani pubblicati in onore del Concilio ecumenico Vaticano II* (Catania: Università di Catania, 1964), pp. 223-241; Tankred Howe, *Vandalen, Barbaren und Arianer bei Victor von Vita* (Frankfurt: Verlag Antike, 2007), pp. 20-182; Jonathan Conant, *Staying Roman. Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), pp. 191-194; Santiago Castellanos, *En el final de Roma (ca. 455-480). La solución intelectual* (Madrid: Marcial Pons Historia, 2013), pp. 278-279, y Éric Fournier, “‘To collect gold from hidden caves’. Victor of Vita and the Vandal ‘persecution’ of heretical barbarians in late Antique North Africa”, en Éric Fournier & Wendy Mayer (ed.), *Heirs of Roman Persecution: Studies on a Christian and para-Christian Discourse in Late Antiquity* (Abingdon-New York: Routledge, 2020), pp. 137-163, esp. pp. 139-141 (en https://www.academia.edu/39684611/To_Collect_Gold_from_Hidden_Caves_Victor_of_Vita_and_the_Vandal_Persecution_of_Heretical_Barbarians_in_Late_Antique_North_Africa).

¹¹ De ese modo, hay sucesos que se contemplan como la materialización de profecías veterotestamentarias (*Hist. pers.* I 4, 7, 22; II 20, 32, 40; III 47 o 67-68), otros como manifestaciones de la ayuda divina (I 27, 34; II 37 o III 44), otros como el resultado de los pecados de la comunidad (I 24, II 49, III 55 o 70), y otros como un castigo de Dios contra los perseguidores de los fieles (I 35, 39 y III 71).

¹² A este respecto resulta ilustrativo comparar el sobrio relato del martirio de un grupo de monjes (*Hist. pers.* III 41) con la reelaboración que de él realiza la anónima *Passio* dedicada a los mismos religiosos (capítulos 8-15 de la edición de Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*).

¹³ Los casos de Máxima y sus compañeros (*Hist. pers.* I 30-38) y el de Armogastes (I 43-46) constituyen una excepción en ese sentido.

apologéticos ayudaba a configurar una identidad de la propia comunidad frente a un enemigo cada vez más poderoso y amenazador.¹⁴

A una conclusión similar conduce el examen de otra de las deficiencias que más a menudo se han imputado al opúsculo: la enorme falta de objetividad y la tendenciosidad con que presenta los hechos, muy particularmente aquellos donde intervienen los vándalos. De nuevo nos hallamos ante una cuestión que no admite discusión alguna, pues desde sus primeras páginas Víctor deja muy claro que no escribía *sine ira* acerca de dicho pueblo, al que él aborrecía en su doble cualidad de bárbaro y arriano, y con el que no veía posibilidad de colaboración ni contacto.¹⁵ Por consiguiente, los nuevos amos de África aparecen continuamente caracterizados como unos salvajes sanguinarios, soberbios y codiciosos,¹⁶ y no se vacila en relacionarlos con otros herejes, compararlos con los judíos e incluso soslayar su condición de cristianos.¹⁷ Esta profunda aversión se traduce asimismo, para exasperación de más de un investigador moderno, en un desinterés casi absoluto por las motivaciones y circunstancias de los mismos, salvo cuando estas afectaban directamente a la propia comunidad o bien podían contribuir al sombrío retrato que de su dominio estaba trazando.¹⁸ A decir verdad, hubiera sido muy difícil encontrarse con una actitud diferente: como romano y religioso católico, Víctor no podía ni plantearse siquiera ser imparcial frente a quienes pocas décadas antes habían invadido a sangre y fuego su tierra y sometido al clero niceno, hacía bien poco triunfante sobre sus rivales, primero a unas duras restricciones y más tarde a lo que él juzgó una persecución en toda regla. Además de esta observación, que no pretende atenuar un ápice el alcance de este factor en nuestra obra, convendría tener en cuenta que la citada hostilidad hacia el bárbaro no constituye tampoco una singularidad del Vitense, por mucho que en él pueda verse un caso extremo. Se trataba,

¹⁴ A la mezcla de géneros en el Vitense se refieren Danuta Shanzer, “Intentions and Audiences”, pp. 278-287; Chiara Ombretta Tommasi Moreschini, “La rhétorique face aux nouveaux maîtres: Manifestes littéraires et idéologie dans l’Afrique vandale”, en Perrine Galand-Hallyn y Vincent Zarini (ed.), *Manifestes littéraires dans la latinité tardive: poétique et rhétorique* (Paris: Brepols, 2008), pp. 145-161, esp. pp. 157-158; Éric Fournier, “Éléments apologétiques chez Victor de Vita: exemple d’un genre littéraire en transition”, en Geoffrey Greatrex & Hugh Elton, *Shifting Genres in Late Antiquity* (London: Routledge, 2015), pp. 105-117 (en https://www.academia.edu/9549262/%C3%89l%C3%A9ments_apolog%C3%A9tiques_chez_Victor_de_Vita_exemple_d_un_genre_litt%C3%A9raire_en_transition).

¹⁵ Esta convicción se expresa sobre todo en *Hist. pers.* II 46 y III 62. En cambio, los otros bárbaros del relato, los moros (bereberes), reciben una consideración algo mejor: aunque también se les tilda de crueles salvajes por su cooperación con los vándalos (I 25, 38; II 33 o 36), se admite sin embargo la posibilidad de su redención bajo la influencia de los católicos (I 36-37).

¹⁶ Entre los numerosos pasajes que ilustran todos estos extremos destacan *Hist. pers.* I 1, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 12, 13, 18, 39, 42, 51; II 2, 13, 16, 17, 27; III 22, 39, 42, 52, 59 o 63.

¹⁷ *Hist. pers.* II 1-2 y III 71, II 51, así como II 28, III 17, 28, 49 y 50 respectivamente.

¹⁸ Tal ocurre, por ejemplo, con la exposición de las conquistas de Geiserico (*Hist. pers.* I 13-15), su saqueo de Roma (I 24-25) y sus incursiones sobre territorio imperial (I 51), o con la purga que Hunerico efectuó entre los miembros de su casa (II 12-16). Con todo, la inclusión de este último episodio pudo, según se verá, deberse también a otras razones.

en efecto, de una postura frecuente en la historiografía pagana y a la que tampoco era ajena la cristiana, sobre todo si el bárbaro en cuestión profesaba un credo distinto al católico. Buena prueba de ello es el hecho de que varios de los vicios que en Víctor caracterizan a los vándalos correspondan a tópicos ya antiguos en la literatura latina, y que en mayor o menor medida comparten también escritores como Rufino, Sulpicio Severo, Orosio e Hidacio.¹⁹

Según se ha señalado, nuestro texto ha sido objeto de otros reproches, si bien normalmente aparecen asociados a los anteriores. Entre ellos destaca el relativo al elevado grado de retoricismo en sus páginas, que se critica no solo como un elemento de distorsión de la realidad, sino también como un rasgo impropio de una narración histórica. Una vez más nos hallamos ante un hecho incuestionable, que en no pocos pasajes puede responder al ya citado influjo de la literatura hagiográfica y, sobre todo, la polémica. Con todo, tampoco en este sentido representa Víctor una anomalía: en realidad, su forma de presentar los acontecimientos se ajusta bastante bien a las tendencias estilísticas en boga por aquellos días en la literatura latina, tanto entre los escritores paganos como, pese a sus protestas de sencillez evangélica, los cristianos. De la misma manera, no parece que supongan un obstáculo demasiado serio a la hora de otorgar carácter historiográfico a nuestro opúsculo otras dos de las críticas que se le han hecho: la falta en él de un contexto político amplio y su interesada orientación temática. Aunque en el primer caso puede admitirse cierta incapacidad del Vitense para comprender procesos que por entonces afectaban a buena parte del mundo mediterráneo,²⁰ ambas “deficiencias” pueden explicarse perfectamente por la finalidad que, como se tendrá ocasión de analizar, se le dio a la obra, y que impuso el desarrollo de unos temas y materiales en detrimento de otros. Por lo demás, en esta actitud selectiva nuestro obispo volvía a contar con varios precedentes, alguno de ellos tan conspicuo como el *Sobre la muerte de los perseguidores* de Lactancio o la monografía que, dentro de su *Historia eclesiástica*, Eusebio de Cesarea había dedicado a la persecución de Diocleciano en Palestina.²¹ En definitiva, parece claro que Víctor no se apartó demasiado

¹⁹ Sobre el odio de algunos de estos historiadores hacia los bárbaros, véase, por ejemplo, Giuseppe Zecchini, “Latin Historiography: Jerome, Orosius and the Western Chronicles”, en Gabriele Marasco (ed.), *Greek and Roman Historiography in late Antiquity. Fourth to Sixth Century A.D.* (Leiden: Brill, 2003), pp. 317-345, esp. pp. 326-328 y 343. De los tópicos a que recurre nuestro prelado ha tratado Tankred Howe, *Vandalen, Barbaren und Arianer*, pp. 183-196.

²⁰ No obstante, también a este respecto deberían tenerse en cuenta las difíciles condiciones en que nuestro autor compuso todo o buena parte del texto: en medio de la persecución del año 484 y, si no en el exilio, al menos en una situación de clandestinidad. Véase al respecto Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 7.

²¹ Este último escrito es particularmente pertinente, pues, como en nuestro caso, se basaba en el propio testimonio y se centraba en las víctimas de determinado gobernante dentro de un territorio concreto. Sobre la importancia que el obispo de Cesarea (siempre en la traducción de Rufino) tuvo como modelo de Víctor han insistido, entre otros, Phillip Wynn, “Rufinus of Aquileia’s Ecclesiastical History and Victor of Vita’s History of the Vandal Persecution”, *Classica et Mediaevalia* 41 (1990), pp. 187-198, esp. pp. 187-198; Jonathan Kendall Parsons, *The African Catholic Church under the Vandals, 429-533* (London: University of

de los derroteros por los que transitaba la historiografía cristiana, y más concretamente el subgénero de la historia eclesiástica.²² En vista de todo lo expuesto, a esta última puede ser adscrita sin mayor problema nuestro texto.

La naturaleza historiográfica del mismo se ve confirmada, a su vez, por una nada despreciable serie de factores, tanto formales como de contenido. En primer lugar, cabe señalar el propósito que desde el principio se marca el autor, y que constituye una declaración tópica entre los historiadores: “exponer sucinta y brevemente lo acontecido”.²³ Por otra parte, debe tenerse en cuenta la estructura del texto: un relato precedido de un epístola-prólogo de tono grandilocuente, rematado por una especie de epílogo²⁴ y, hasta donde se sabe, articulado en varios libros;²⁵ dos de estos se cierran, además, con la noticia de la muerte de un rey, un procedimiento habitual en el género.²⁶ Tampoco debe olvidarse que la narración se desarrolla, sin apenas excepciones, siguiendo un orden cronológico; y si bien es cierto que este resulta por lo general bastante vago, un rasgo en absoluto exclusivo del Vitense, también lo es que determinados hechos juzgados cruciales se fechan, sea cual sea el procedimiento, de manera suficientemente precisa.²⁷ Por lo demás, en el relato figuran ingredientes tan corrientes desde antiguo en este tipo de obras como diálogos y discursos;²⁸ a ellos habría que añadir un elemento que se había hecho frecuente en la historiografía tardía como medio de probar la veracidad de la exposición: documentos de

London, 1994), tesis doctoral, pp. 182-183 (en <https://kclpure.kcl.ac.uk/portal/files/2933414/DX217229.pdf>), y Giuseppe Zecchini, “Latin Historiography”, pp. 330-331.

²² Para un breve pero eficaz resumen de las características de la historiografía compuesta por cristianos, entre las que se incluyen prácticamente todos los aspectos aquí tratados, véase Eustaquio Sánchez Salor, “Historiografía latino-cristiana. Principios”, *Excerpta Philologica* I.2 (1991), pp. 779-795.

²³ *Hist. pers. prol.* 4.

²⁴ Así, efectivamente, se pueden juzgar los capítulos *Hist. pers.* III 67-71.

²⁵ No hay certeza de que la actual división en tres libros, que además presenta un notable desequilibrio entre las partes, sea la original. De hecho, mientras varios de los manuscritos que albergan el opúsculo presentan un texto continuo, otros lo distribuyen en seis libros. Más aún, alguno de sus primeros editores llegó a articularlo en cinco. Véase sobre este punto Tankred Howe, *Vandalen, Barbaren und Arianer*, p. 29 y n. 5.

²⁶ *Hist. pers.* I 51 (fallecimiento de Geiserico) y III 71 (final de Hunerico). Sobre este último capítulo, véase *infra*, n. 36.

²⁷ Entre estos cabe destacar la llegada de los vándalos a África (*Hist. pers.* I 1), el saqueo de Roma (I 24), la ordenación episcopal de Eugenio (II 5), el desarrollo del debate entre nicenos y homoianos (II 39, 52 y 101), o la ejecución de las medidas de Hunerico (III 12). La secuencia temporal solo se altera en tres ocasiones: en la exposición de las devastaciones de los días de la invasión (I 8-9, donde se introduce una referencia a las perpetradas en Cartago años más tarde); la noticia de un tratado con Valentiniano III (I 13-14, ampliada con la de las posteriores anexionaciones de Geiserico y la de la suerte de Sicilia); y los inicios de la persecución de Hunerico (II 18, momento en que, para crear un clima de tensión, el relato se detiene para ocuparse de una visión acaecida dos años antes). Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 278, n. 28, ha señalado algún otro caso de aparente dislocación temporal.

²⁸ *Hist. pers.* I 19-21, 31, 49-50; II 30, 34, 43-44, 55; III 26, 27, 36-37, 51 o 53, entre otros ejemplos.

carácter público insertados en su tenor original.²⁹ Igualmente significativo es el hecho de que Víctor extraiga la mayor parte de su información conforme a los procedimientos habituales del género: junto a una serie de fuentes escritas, que, dicho sea de paso, no han sido aparentemente objeto de manipulación,³⁰ se sirve de datos procedentes de la propia experiencia (la tan valorada *αὐτοψία*),³¹ así como de los suministrados por los protagonistas de los acontecimientos o sus testigos presenciales; estos últimos suelen ser además personas tenidas por dignas de crédito y no rara vez identificadas.³² A confirmar la verdadera naturaleza de nuestra obra se suma, en fin, un último factor: los modelos que nuestro obispo se proponía y que no dejó de mencionar. En efecto, no puede ser casualidad que, en un pasaje donde se nombra a distintos escritores, figuren de modo preferente historiadores como Salustio, Jerónimo, Rufino de Aquilea y, de modo muy particular, Eusebio de Cesarea, a quien Víctor señala de forma expresa como “idóneo” para la empresa que él mismo estaba llevando a cabo.³³

Otra cuestión que merece abordarse en razón de la luz que puede arrojar sobre nuestro escrito es la referente a su fecha de composición, otro aspecto sobre el que, desgraciadamente, tampoco existe hasta ahora consenso. Una primera lectura da pie a pensar que Víctor concluyó su tarea el 484: a eso al menos apunta el hecho de que el relato se detenga ese año (que es, además, el que mayor número de páginas acapara), así como el angustioso tono adoptado en los capítulos finales. De ser así, habría que admitir que el grueso de la *Historia* fue redactado en poco tiempo, y o bien de forma casi simultánea a los últimos sucesos recogidos o bien muy poco después de ellos, esto es, tras el verano del 484. No obstante, en el texto se incluyen comentarios que revelan un momento posterior a esa fecha, como los relativos al fracaso de las maniobras sucesorias de Hunerico o a la brevedad y futilidad de su reinado; y la misma conclusión se desprende de un pasaje en el

²⁹ Amén del mencionado *Libro sobre la fe católica*, se incluyen tres edictos de Hunerico (*Hist. pers.* II 3-4, 39 y III 3-14) y una epístola de Eugenio de Cartago a un alto dignatario de la corte vándala (II 41-42). Konrad Vössing, *Victor von Vita*, p. 168, n. 120, quiere ver además huellas de otros dos edictos reales en *Hist. pers.* II 19 y 20.

³⁰ Entre ellas se distinguen materiales de archivo, textos de *passiones* y obras literarias de diversos tipos con noticias sobre la invasión vándala (las últimas epístolas de san Agustín, la *Vida* de este compuesta por Posidio de Calama, así como sermones y otros opúsculos del obispo Quotvultdeo de Cartago).

³¹ Nada despreciable en este caso, pues del texto se deduce que el Vitense estuvo presente en varios de los sucesos más relevantes que recoge, y además conocía perfectamente algunos de los principales escenarios donde estos se desarrollaron (sobre todo la ciudad de Cartago, pero también la ruta que siguieron los clérigos desterrados en el 482 o el lugar del exilio del obispo Eugenio). La autenticidad de estos testimonios personales se ha llegado a poner en duda en alguna ocasión, pero, como señala Konrad Vössing, *Victor von Vita*, p. 20, n. 11, sin demasiado fundamento.

³² Como ocurre en *Hist. pers.* I 35, 38, 40; II 21, 22 o III 26, entre otros ejemplos. Convendría aquí subrayar que Víctor gozaba de buenos contactos entre las elites civiles y religiosas de la comunidad nicena de Cartago (muy particularmente su obispo Eugenio, a quien estaba estrechamente ligado).

³³ *Hist. pers.* III 61. Excepto el primero de los citados, el resto de escritores ha dejado, en efecto, su huella en nuestra obra. A ellos se podría añadir Lactancio, de cuya obra se descubre algún préstamo en III 55 (*Mort. pers.* 50, 8) y 71 (*Mort. pers.* 33, 7 y 10).

que se constata la difusión en Cartago de unos hechos acontecidos en Constantinopla como mínimo a fines del 484, de otro donde se habla de la veneración de que gozaban en vida varias víctimas de la persecución, y también del capítulo que refiere la muerte de dicho monarca y la sitúa hacia los últimos días de diciembre de ese año.³⁴ Por último, quizá no esté de más señalar que el afectado estilo de la epístola dedicatoria produce también la impresión de un cierto distanciamiento respecto a los hechos narrados. Todos estos factores obligan a contemplar la posibilidad de que la *Historia de la persecución vándala en África* hubiera sido escrita, o cuando menos revisada, durante los días del rey Guntamundo: más concretamente entre el 487 y el 489, si se acepta en su literalidad el dato cronológico con el que el Vitense arranca su relato y mediante el que se sitúa a los 60 años de la llegada de los vándalos a las costas africanas.³⁵

La necesidad de conciliar las citadas discrepancias ha dado lugar a tres hipótesis distintas. La primera, y quizá la más simple, consiste en defender una fecha de composición temprana, en el transcurso de los últimos meses del 484 y poco antes de la muerte de Hunerico, y considerar interpolaciones o errores en la transmisión textual aquellos pasajes que ofrecen una perspectiva temporal posterior. No obstante, casi todos ellos se hallan bien integrados en el relato, tanto por contenido como por estilo, y en consecuencia no parece haber razón de peso alguna para atetizarlos.³⁶ Por ello, actualmente ha ido ganando terreno la idea de que la *Historia* fuera redactada en el intervalo de tiempo durante el que se puede ubicar el apunte inicial de Víctor, esto es, entre el 487 y el 489. Sin embargo, tampoco esta propuesta está exenta de problemas, pues el tono de urgencia que se advierte sobre todo en las últimas páginas no parece cuadrar muy bien con unos años, los de Guntamundo, en los que la persecución anticatólica, si no había desaparecido, sí había mitigado considerablemente su rigor; de hecho, sabemos que por aquellos días se permitió regresar de su exilio al obispo Eugenio e incluso se hizo merced a los católicos de Cartago del

³⁴ *Hist. pers.* II 12, 17, III 30, 40 y 71 respectivamente. A estos pasajes podría añadirse otro referente a las duraderas secuelas de los castigos físicos infligidos durante aquel año (III 31).

³⁵ *Hist. pers.* I 1. Este hecho tuvo lugar, según toda probabilidad, el 429. Christian Courtois, *Víctor de Vita*, p. 17, n. 44, y Salvatore Costanza, *Vittore di Vita*, pp. 13-14, han apuntado que semejante dato puede ser fruto de una equivocación o un redondeo, o incluso referirse a un acontecimiento distinto. Sin embargo, la precisión que en este caso muestra nuestro texto hace poco verosímiles tales posibilidades.

³⁶ En realidad, el único elemento cuya autenticidad todavía hoy se discute es el último capítulo de la obra (*Hist. pers.* III 71), que contiene la noticia del final de Hunerico y, asociada a la misma, la de un hereje, por lo demás desconocido, llamado Nicasio. Ahora bien, que el dato relativo al monarca bien pudo haber salido de la pluma del Vitense ha sido defendido de forma bastante convincente por Serge Lancel, *Víctor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 212, n. 549, así como por Roland Steinacher, "Von Würmern bei lebendigem Leib zerfressen...und die Läusesucht *Phtheiriasis*. Ein antiques Strafmotiv und seine Rezeptionsgeschichte", *Tyche* 18 (2003), pp. 158-159. Incluso un apunte en apariencia tan ajeno al texto como el de Nicasio ha encontrado una atractiva explicación en Jonathan Kendall Parsons, *The African Catholic Church under the Vandals*, pp. 56-57.

cementerio de una basílica³⁷. Todas estas dificultades hacen, pues, preferible una tercera interpretación, la que, intermedia entre las anteriores, contempla dos fases compositivas: una primera fechable en el 484, año en que habría sido escrito el grueso del texto, y una segunda en torno al 487-489, período en que este habría sido “actualizado” con las observaciones y datos que se han apuntado. Es cierto que un planteamiento semejante supondría asumir que los motivos que en un primer momento llevaron a escribir la *Historia* seguían vigentes años después, cuando la situación era menos opresiva; ahora bien, esta premisa es, como se verá a continuación, perfectamente posible y demostrable. En todo caso, y sea cual sea la hipótesis que se adopte,³⁸ es evidente que nuestro autor trató en gran medida sobre acontecimientos contemporáneos, una circunstancia que, si por una parte compromete la existencia de cierta perspectiva, por otra asegura un conocimiento bastante directo y preciso.

Una vez que se ha establecido el género al que pertenece la obra y su fecha de redacción, resulta pertinente indagar el propósito con que fue compuesta, un punto este que, a falta de alguna indicación clara por parte del Vitense, ni tan siquiera en su epístola-prólogo, se ha convertido también en materia de debate. Tradicionalmente se ha defendido que su objetivo primordial era demandar, si bien de forma velada, una intervención del Imperio de Oriente que acabara con las penalidades de los católicos norteafricanos bajo los vándalos arrianos. Los partidarios de esta tesis, hasta ahora la más extendida,³⁹ se basan

³⁷ De todos estos extremos nos informa el *Lat. reg. Vand.* 8-10, que añade que en el 494 se consintió el regreso de todos los religiosos desterrados el 484, así como la reapertura de sus iglesias. Esta relativa tolerancia del monarca, confirmada en parte por Víctor de Tunnuna *Chron. a.* 479 y tal vez también por el mencionado pasaje de *Hist. pers.* III 40, queda sin embargo en entredicho con los negativos testimonios de Procopio *Vand.* I 8, 7, y de Gelasio I *ep.* 26. La discrepancia de las fuentes puede explicarse, según Yves Modéran, “La chronologie de la Vie de saint Fulgence de Ruspe et ses incidences sur l’histoire de l’Afrique vandale”, *Mélanges de l’Ecole française de Rome. Antiquité* 105, 1 (1993), pp. 135-188, esp. pp. 142-148 (en https://www.persee.fr/doc/mefr_0223-5102_1993_num_105_1_1797), por la alternancia durante el reinado de Guntamundo de períodos de cierta transigencia con otros de persecución (si bien no tan virulentos como el de Hunerico).

³⁸ Defienden una fecha de composición temprana Salvatore Costanza, *Vittore di Vita*, pp. 13-14, y Jörg Spielvogel, “Arianische Vandalen, katholische Römer: die reichspolitische und kulturelle Dimension des christlichen Glaubenskonflikt im spätantiken Nordafrika”, *Klio* 87, 1 (2005), pp. 201-222, esp. pp. 217. Partidarios de una más tardía se muestran, entre otros, Andreas Schwarcz, “Bedeutung und Textüberlieferung der *Historia persecutionis Africanae provinciae* des Victor von Vita”, en A. Scharer & G. Scheibelreiter (ed.), *Historiographie im frühen Mittelalter. Veröffentlichungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung* 32 (1994), pp. 115-140, esp. pp. 117-118; Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 10, o Konrad Vössing, *Victor von Vita*, pp. 13-14. A su vez, han abogado por la tercera opción Christian Courtois, *Victor de Vita*, pp. 17-19; Danuta Shanzer, “Intentions and Audiences”, p. 273, o Jonathan Conant, *Staying Roman*, p. 161.

³⁹ Véanse, por ejemplo, y con más o menos matices, Christian Courtois, *Victor de Vita*, pp. 18-19 y 76-77; Salvatore Costanza, *Vittore di Vita*, pp. 14-16; Giuseppe Zecchini, *Ricerche di storiografia latina tardoantica* (Roma: L’Erma di Bretschneider, 1993), pp. 219-229; Serge Lancel, “Victor de Vita, témoin et chroniqueur des années noires de l’Afrique romaine au V^e siècle”, *Comptes rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 144.4 (2000), pp. 1199-1219, esp. p. 1219; Chiara Ombretta Tommasi

principalmente en el patetismo de muchos pasajes del texto, y sobre todo de su última parte, donde aparecen expresamente mencionadas *las tierras de Oriente*,⁴⁰ se apoyan asimismo en la inclusión de determinadas noticias, como el nada inocente comentario sobre la exigüidad de las tropas vándalas, o las distintas referencias a los beneficios alcanzados por la comunidad nicena tras alguna embajada imperial.⁴¹ Finalmente consideran que tanto el frecuente recurso a testimonios oculares como la inserción de documentos oficiales responden a esta misma finalidad, pues no serían sino un medio para hacer más evidente y acuciante la necesidad de auxilio. La teoría presenta la ventaja de su sencillez y aparente lógica; no obstante, choca con un buen número de obstáculos nada fáciles de salvar y que conviene detallar para ahondar en nuestro conocimiento de las circunstancias en que se redactó la obra. De entrada, en ningún lugar de la misma se formula nada parecido a una petición de ayuda a Constantinopla, ni militar ni diplomática: antes bien, la mención que se hace de Oriente, amén de vaga, se halla en un contexto del que se desprende que ya no se esperaba socorro alguno con ese origen.⁴² En ese sentido se ha de reconocer que, efectivamente, a esas alturas del siglo no había demasiadas razones para confiar en una actuación efectiva de Zenón: además de recordar seguramente los sonoros fracasos de las flotas imperiales de los años 460 y 468,⁴³ nuestro autor debía percibir que, desde la “paz perpetua” sancionada en el 474, las relaciones entre ambos estados ya no eran de una hostilidad extrema. Igualmente había comprobado que las embajadas de Oriente, cuando no eran objeto de alguna muestra de desdén,⁴⁴ podían conseguir ocasionales medidas de gracia, pero no un cambio drástico en la política interna del reino. Igualmente importante es el inconveniente que presenta el propio contenido y estructura del texto: la gran extensión que en él se concede al debate teológico del año 484 entre prelados nicenos y homoianos, y desde luego la incorporación del prolijo *Libro sobre la fe católica*, no cuadran en absoluto con el apremio que cabría suponer en una demanda de intervención⁴⁵. A su vez,

Moreschini, “La rhétorique face aux nouveaux maîtres”, p. 156, o Konrad Vössing, *Victor von Vita*, pp. 18-19.

⁴⁰ *Hist. pers.* III 68.

⁴¹ *Hist. pers.* I 2, así como I 51 o II 3 respectivamente.

⁴² A este respecto se ha argumentado alguna vez que una demanda de este tipo no podía expresarse sino en términos indirectos y generales para evitar un delito de alta traición. Se trata, sin embargo, de un razonamiento escasamente convincente, sobre todo si se tiene en cuenta que el tenor general del opúsculo, repleto de descalificaciones hacia los vándalos, constituía por sí mismo causa suficiente de ofensa para las autoridades del reino.

⁴³ Christian Courtois, *Victor de Vita*, p. 51, sostiene que el Vitense silenció estas derrotas para no perjudicar con su recuerdo una intervención del emperador, un argumento que no parece demasiado sólido.

⁴⁴ Como las descritas en *Hist. pers.* II 38 y III 32.

⁴⁵ Por otra parte, la reproducción literal e íntegra de este último documento, de contenido exclusivamente doctrinal, no habría resultado muy oportuna en una solicitud dirigida a un emperador que, precisamente por aquellas fechas, se encontraba inmerso en un enfrentamiento con el papado por cuestiones de ortodoxia. Véase a este respecto José Manuel Díaz de Bustamante, *Draconcio y sus carmina profana* (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1978), p. 60 y n. 13.

tampoco se avendría bien con este hipotético propósito la fecha en que, como se acaba de ver, parece más probable que el opúsculo recibiera su redacción definitiva, entre el 487 y el 489, cuando lo peor de la persecución había pasado ya. Por lo demás, hay en la *Historia* diversos indicios que apuntan a que el autor no estaba pensando en un público foráneo ni demasiado lejano: eso al menos sugiere la exhortación que se hace a los lectores a ir a Constantinopla y comprobar determinado milagro,⁴⁶ lo mismo que la ausencia de explicaciones relativas a distintas peculiaridades del reino vándalo,⁴⁷ o el crédito otorgado a testigos que difícilmente serían conocidos fuera de dicho espacio geográfico.⁴⁸ Por último, a todas estas objeciones se podría añadir una más, si bien de bastante menos peso: el escasísimo rastro que dejó en la literatura bizantina un escrito teóricamente dirigido a la corte de Constantinopla.⁴⁹

Tal cúmulo de objeciones ha llevado en alguna ocasión a plantear una posibilidad diferente, la de que Víctor sólo se hubiera propuesto denunciar ante toda la comunidad católica la opresión sufrida por la Iglesia norteafricana con vistas a sacudir conciencias, pero sobre todo a proclamar la perseverancia de los fieles nicenos en su fe. La voluntad de difundir estos hechos “por todas las tierras y pueblos” queda al menos clara en las palabras que se ponen en boca nada menos que de Eugenio de Cartago, el posible promotor de la obra.⁵⁰ Aunque bastante menos atractiva que la anterior, esta hipótesis se centra, no obstante, en una cuestión que no puede calificarse de menor. En efecto, debe tenerse en cuenta que, desde la llegada de los vándalos, los arrianos habían puesto gran celo en acrecentar sus filas, bien por medios pacíficos bien a través de sobornos, coacciones y violencias. Esta política, auspiciada o directamente acometida por Geiserico, no había tardado en dar sus frutos, y las jerarquías católicas se sintieron bien pronto alarmadas ante el creciente número de apostasías.⁵¹ Como era de esperar, la situación empeoró notablemente con las duras medidas adoptadas por Hunerico en febrero del 484, entre ellas la práctica del rebautismo forzoso en la fe homoiana: de hecho, nuestro autor, que en ningún momento pretendió ocultar el fenómeno, habla de multitudes llevadas a la perdición por una razón u otra, y entre los casos que consigna no faltan ni siquiera los de clérigos.⁵² Desde luego, el fenómeno hubo de tener una magnitud considerable, pues el

⁴⁶ *Hist. pers.* III 30.

⁴⁷ Tal ocurre en *Hist. pers.* I 30 (figura del milenario) y II 15 (propósito del reino). En este sentido llama también la atención la muy escueta referencia a las disposiciones sucesorias de Geiserico (II 13), una singularidad que, en cambio, sí mereció los comentarios de Jordanes, *Get.* 33, 169, y Procopio, *Vand.* I 7, 29.

⁴⁸ Valgan como ejemplo los que se aducen en *Hist. pers.* I 34, 35 o III 26.

⁴⁹ De hecho, su presencia se limita a un dato numérico ofrecido por Procopio *Vand.* I 5, 18 (y que tal vez proceda de una fuente oral), y a ciertos ecos difíciles de demostrar en el conde Marcelino *Chron. a.* 484 y en *Cod. Iust.* I 27, 1.2-4.

⁵⁰ *Hist. pers.* II 44. La misma idea subyace en las palabras del propio autor en I 28.

⁵¹ Hacia el 840 el obispo Quodvultdeo de Cartago manifestaba ya al respecto un profundo desasosiego, como se advierte en *De temp. barb.* I 8, 7; *Prom.* IV 5 y *De symb.* I 13.

⁵² *Hist. pers.* III 34, 39, 48-49, 57 y 60.

papa Félix III, quien ya había escrito al emperador Zenón acerca de la persecución arriana, se vio obligado a tratar el asunto en un concilio celebrado en Roma en marzo del 487, y a estipular en él, con una significativa actitud de recelo, una serie de penitencias para los religiosos y laicos que hubiesen renegado.⁵³ A la vista de todos estos hechos y su gravedad, hay quienes incluso han llegado a sugerir que Víctor destinó en realidad el opúsculo a la sede romana, “cabeza de todas las iglesias” para el clero cartaginés,⁵⁴ con el objetivo de hacer valer ante ella la firmeza de la comunidad nicena norteafricana. La idea no puede considerarse descabellada y, en cualquier caso, no tropieza con tantos inconvenientes como la hipótesis de una demanda de intervención militar; ahora bien, por desgracia no cuenta con demasiados puntos de apoyo: aparte de la relativa coincidencia de fechas entre el citado concilio y la redacción definitiva de la *Historia*, solo puede aducirse una posible alusión al papado detrás de una apelación que, en un contexto además muy general, se dirige a los apóstoles Pedro y Pablo.⁵⁵

Hay, en fin, una tercera posibilidad de interpretar la obra, y es hacerlo en clave interna. Para ello convendría recordar que el público que nuestro autor tenía *in mente* era muy probablemente la propia comunidad, y también que se estaba dirigiendo a ella en un momento de enorme debilidad interna. Según se acaba de ver, a esta había contribuido muy notablemente el fenómeno de las apostasías, pero también otra circunstancia que, si bien de forma menos insistente, la *Historia* no dejó de señalar: los crecientes contactos entre fieles de ambos credos, un proceso por el que se manifestaba un rechazo frontal, pues seguramente se temía en él la antesala de la apostasía, y que se afeaba a los sectores más acomodaticios de la sociedad romano-africana.⁵⁶ Si se tienen presentes estos factores,

⁵³ De todo ellos nos informan Evagrio *Hist. eccl.* III 20, y Félix III *ep.* 7, 1-3. Del alcance del proceso se hicieron eco también, mucho tiempo más tarde, *Cod. Iust.* I 27, 1.2, y Gregorio de Tours *Hist.* II 3. Que las apostasías alcanzaron incluso al estamento episcopal lo atestigua el listado de sedes y prelados norteafricanos conocido como *Notitia provinciarum et civitatum Africae*; de él se deduce que hacia el 484, fecha en que se data este documento, se habían hecho arrianos nada menos que 88 obispos. Véase al respecto Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, pp. 239-240, así como Yves Modéran, “La *Notitia provinciarum et civitatum Africae* et l’histoire de l’Afrique vandale”, *Antiquité tardive* 14 (2006), pp. 165-185.

⁵⁴ *Hist. pers.* II 43.

⁵⁵ *Hist. pers.* III 69. La hipótesis fue apuntada someramente por John Moorhead, *Victor of Vita: History of the Vandal persecution* (Liverpool: Liverpool University Press, 1992), pp. XVII-XVIII; posteriormente la recogió con más argumentos Jonathan Kendall Parsons, *The African Catholic Church under the Vandals*, pp. 193-195.

⁵⁶ Como ya se ha comentado, esta actitud se advierte sobre todo en *Hist. pers.* II 46 y III 62. Según Walter Pohl, “Justinian and the Barbarian Kingdoms”, en Michael Mass (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), pp. 448-476, esp. p. 456, y Jonathan Conant, *Staying Roman*, pp. 131 y 142, este fue el principal motivo de inquietud de Víctor. El alcance de la convivencia entre nicenos y homoianos en los reinos germánicos ha sido analizado por Ralph Mathisen, “Barbarian ‘Arian’ Clergy Church Organization and Church Practices”, en Guido Berndt & Roland Steinacher (ed.), *Arianism: Roman Heresy and Barbarian Creed* (Dorchester: Ashgate Publishing, 2014), pp. 145-191, esp. pp. 184-187.

resulta lícito concluir que, ante la gravedad de la situación, Víctor se trazó como objetivo reforzar a los católicos norteafricanos en su fe, y de paso en su identidad de romanos, por medio del ejemplo que estaban ofreciendo los mártires y confesores de la persecución de aquellos días. Esta hipótesis, sólida y verosímil como es, posibilita además dar explicación a elementos tan problemáticos del texto como las adiciones que se le hicieron con posterioridad al 484. De esa manera, tanto la noticia de la espantosa muerte del monarca vándalo como las apostillas sobre la brevedad de su reinado y la inutilidad de sus medidas sucesorias, al igual que los apuntes relativos al reconocimiento que habían alcanzado varios confesores, se habrían introducido para proporcionar aliento a las propias filas. Y dentro de esa misma finalidad encajarían también el detallado relato del debate del 484 o la inclusión del *Libro sobre la fe católica*: el primero estaría destinado a denunciar la injusticia de la conferencia ante quienes albergaran dudas al respecto; con el segundo se estaría buscando precisar ante los fieles la postura de la Iglesia nicena, y quizá también suministrar argumentos de cara a cualquier posible disputa doctrinal. Por el contrario, la referencia a las tierras de Oriente podría interpretarse como un mero reproche a la impotencia o inacción del Imperio, lo mismo que los comentarios concernientes a algunas de las embajadas de Zenón. Finalmente, desde una perspectiva como esta tendría completo sentido que un texto compuesto durante los días más negros de la persecución de Hunerico hubiera recibido, varios años después del fin de la misma, su redacción definitiva sin que su mensaje perdiera un ápice de vigencia: la sangría de las conversiones no había cesado y, por ello, seguía siendo causa de honda preocupación.⁵⁷

En resumen, a partir de todo lo expuesto parece claro que el Vitense quiso dar testimonio de la persecución que sufrían los católicos en el reino vándalo, que para ello se sirvió del modelo que le brindaba el género de las historias eclesiásticas, y que lo hizo con el fin de confortar a su comunidad, la verdadera destinataria de la obra, frente a las seducciones y violencias de los arrianos.⁵⁸ Esta consideración nos lleva a su vez a dos conclusiones en relación con la fiabilidad de la *Historia*. En primer lugar resulta obvio que la finalidad apologética de la misma y la angustiada situación en que se compuso hubieron de llevar a una selección, presentación e interpretación totalmente interesadas del material disponible, una deriva a la que seguramente contribuyó también en buena medida la infiltración de otros géneros literarios. Ahora bien, frente a ello no se puede negar que nuestro autor se hallaba en una situación inmejorable para ofrecer un testimonio

⁵⁷ Defendió ya este planteamiento August Auler, “Victor von Vita”, p. 263; más recientemente lo han postulado también Jonathan Kendall Parsons, *The African Catholic Church under the Vandals*, p. 197; William Edmund Fahey, “History, Community and Suffering in Victor of Vita”, en Douglas Kries & Catherine Brown Tkacz (ed.), *Nova Doctrina Vetusque. Essays on Early Christianity in Honor of Frederic W. Schlattner* (New York: Peter Lang Publishing, 1999), pp. 225-241, esp. pp. 225-226; Danuta Shanzer, “Intentions and Audiences”, pp. 279 y 286; Andy Merrills & Richard Miles, *The Vandals* (Chichester: Wiley-Blackwell, 2010), p. 187, y Éric Fournier, “Éléments apologétiques chez Victor de Vita”, p. 106.

⁵⁸ Estos, como ya se ha subrayado, son continuamente identificados con los vándalos, lo mismo que los católicos lo son con los romano-africanos.

cualificado; además, se debe reconocer que la proximidad temporal y espacial de su público a los hechos narrados tuvo que dificultar enormemente cualquier intento de falsear estos, al menos de una manera demasiado evidente. Puesto que todas estas circunstancias son *a priori* contradictorias entre sí, para determinar cuál de ellas pesó más a la hora de componer la obra, y en consecuencia determinar el grado de credibilidad de la misma, se hace necesario cotejar sus datos, y su relato en general, con toda la información a nuestro alcance. Esta, por lo demás, ya no procede únicamente de otros escritos de la época independientes del nuestro, sino cada vez más de los hallazgos arqueológicos que vienen produciéndose de forma continua desde hace varias décadas. Obviamente, la tarea habrá de comenzar por el examen de los acontecimientos más alejados de los días de Víctor para concluir con aquellos de los que él mismo fue testigo.

Como se ha adelantado, las primeras páginas de la *Historia* se dedican a la invasión y conquista del norte de África por los vándalos. Se trata de un período que únicamente interesa en tanto preámbulo del tema principal, la persecución de Hunerico, y al que por lo tanto no se concede demasiada extensión: 13 capítulos de los 51 que conforman el libro I. Además, en ellos tampoco se pretende llevar a cabo un resumen de los hechos más trascendentales, sino recoger solo aquellos que mejor se ajustan a la finalidad de la obra o que ilustran una de sus ideas más recurrentes: la desmedida violencia, crueldad y codicia del invasor, sobre todo respecto al clero niceno y sus propiedades. Por otra parte, aunque no muy distantes en el tiempo, se trata de acontecimientos que el Vitense no pudo conocer directamente, por lo que, para dar cuenta de ellos, tuvo que basarse en fuentes escritas, testimonios orales y alguna que otra tradición popular. Así pues, ni su relato sirve para realizar una reconstrucción histórica coherente o mínimamente detallada del proceso de conquista, ni la escasa información que ofrece en esta parte puede considerarse de primera mano y, por ello, especialmente fiable. Ahora bien, es preciso admitir que la mayoría de las noticias presentes en esta escueta y muy parcial exposición se halla refrendada por una o más fuentes literarias coetáneas: tal ocurre con el dato de la llegada de los bárbaros por el Estrecho de Gibraltar, el del número de los mismos o el de la devastación de territorio, ciudades y edificios; y lo mismo se puede decir de los referentes a las rapiñas y violencias sufridas por la población romano-africana y su clero, la toma de Cartago, la existencia de un tratado entre Valentiniano III y Geiserico o la posterior conquista del “contorno de toda África”⁵⁹. A todas estas informaciones se podría añadir la concerniente al reparto del norte

⁵⁹ Al cruce del Estrecho (*Hist. pers.* I 1) se refieren Hidacio *Chron.* 90, *Chron. Gall. a.* CCCCLII 108, Procopio *Vand.* I 3, 26, o Gregorio de Tours *Hist.* II 2. La cifra de los invasores (I 2) la transmite también Procopio *Vand.* I 5, 18 y *Ane.* 18, 6. Por su parte, las destrucciones materiales, los robos y los actos de violencia indiscriminada contra la población (I 3-10 y 12) se hallan confirmados en muchos de sus detalles por Agustín *ep.* 228, 5 y 7, así como *Serm.* 344, 4 y 345, 2-3; Posidio *Vit.* 28, 4-9 y 30, 5; Capreolo *ep.* 1; León I *ep.* 12, 8; Quodvultdeo *Prom.* III 38, 44 y *De temp. barb.* II 5, 8, así como Procopio *Vand.* I 5, 16-17, y 8, 20. A su vez, a la caída de Cartago (I 12) se refieren, entre otros, el conde Marcelino *Chron. a.* 439, Próspero *Chron.* 1339, Hidacio *Chron.* 115, o *Chron. Gall. a.* CCCCLII 129. El acuerdo con el Imperio del año 442 (I 13) lo mencionan Próspero *Chron.* 1347 y Procopio *Vand.* I 4, 13. Por último, a la anexión del litoral

de África entre el Imperio y el monarca vándalo, así como la de la anexión por parte de este de una serie de islas del Mediterráneo tras el 455: aunque la primera de ellas solo se recoge de forma muy genérica en algún que otro texto, no presenta más problema que el uso indiferenciado que hace Víctor de nombres oficiales de provincias al lado de simples denominaciones comarcales;⁶⁰ a su vez, el segundo apunte se ve respaldado por textos que, sin referirse expresamente a la conquista de las islas, presuponen una ocupación vándala.⁶¹

Naturalmente, que una noticia se repita en distintas fuentes más o menos contemporáneas no basta para asegurar por completo su veracidad, especialmente si todas ellas proceden de autores nicenos, en su mayoría clérigos, que tratan sobre un enemigo que profesa el credo arriano; por ello, algunos de los datos que se acaban de exponer han sido tachados de dudosos, exagerados o falsos, sobre todo aquellos que adolecen de un tono demasiado retórico, se formulan conforme a modelos literarios, por lo general bíblicos, o vienen acompañados de citas con este último origen.⁶² Concretamente, en alguna ocasión se ha cuestionado tanto el número de invasores que cruzaron el Estrecho como la ocupación de todo el litoral norteafricano, y de forma general se ha afirmado que nuestro autor cargó en exceso las tintas en su descripción de las devastaciones materiales y los actos de violencia sufridos por la población local, y en particular por el clero niceno. Asimismo se han considerado tendenciosos sus apuntes sobre la decadencia urbana en África bajo el dominio vándalo o sobre la desolación de las provincias que quedaron en poder del Imperio tras el tratado del 442. Desde luego, la parcialidad inherente a la finalidad apologética de la obra invita a dar por buenas estas críticas; no obstante, se hacen precisas también ciertas matizaciones a las mismas. De ese modo, en el caso de la cifra de los recién llegados, sin perjuicio de las reservas que suscita cualquier apunte numérico en textos literarios antiguos, convendría tener en cuenta que el Vitense no se limitó a recoger un dato procedente de alguna tradición oral, sino que demostró cierta actitud crítica: además de indagar los motivos del recuento que realizó Geiserico, no dejó de comentar la posterior

norteafricano (I 13), aluden *Chron. Gall. a.* CCCCLII 129 y, tal vez, Hidacio *Chron.* 115 y el conde Marcelino *Chron. a.* 439.

⁶⁰ *Hist. pers.* I 13, pasaje parcialmente confirmado por Próspero *Chron.* 1347 y *Nov. Valent.* XXXIII 3. Las comarcas mencionadas son la Getulia y la Abaritana, de localización controvertida, según expone M^a Elvira Gil Egea, *África en tiempos de los vándalos: continuidad y mutaciones de las estructuras socio-políticas romanas* (Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1998), pp. 232-239.

⁶¹ De esa manera, la *Notitia provinciarum et civitatum Africae* cita, entre los preladados del reino convocados por Hunerico al debate del 484, a los de Cerdeña, Mallorca, Menorca e Ibiza. Que dichas islas (a las que habría que sumar Córcega y, temporalmente, parte de Sicilia) seguían en manos vándalas el siglo siguiente lo confirma Procopio *Vand.* II 5, 2-4 y 7 al hablar de su reconquista.

⁶² Efectivamente, en estos dos últimos casos cabe siempre preguntarse si el autor incorpora a su relato estos pasajes porque exponen hechos similares a los que él conoce, o si, por el contrario, “reconstruye” la realidad de manera que se ajuste lo más posible a sus modelos literarios. Véase a este respecto Éric Fournier, “To collect gold from hidden caves”, pp. 141-145, que en este caso se decanta claramente por la segunda opción.

malinterpretación del resultado.⁶³ A su vez, el apunte relativo a la conquista de la costa norteafricana no resulta tan inverosímil si se acepta que con él Víctor no se refirió a una ocupación efectiva de todo el territorio, sino solo a la imposición de guarniciones en una serie de puntos estratégicos, como sugiere más adelante el episodio de Tipasa.⁶⁴ Y por muy exagerado que nuestro texto pueda parecer a este respecto, también merecen en principio crédito las informaciones referentes a la especial saña con que se procedió por aquellos días contra los religiosos católicos: habida cuenta del poder y los bienes que habían acumulado preladados y sacerdotes, no tiene nada de extraño que, al igual que la aristocracia, se hubieran convertido en blanco preferente de la codicia y el recelo del invasor.⁶⁵

En cambio, respecto a la enorme devastación material que se achaca a los bárbaros en su avance sí conviene mostrar cierta cautela. Tratándose de una horda en marcha que debía procurarse sustento sin dejar potenciales amenazas a sus espaldas, el relato parece creíble, y de hecho encuentra confirmación en algunos restos arqueológicos;⁶⁶ no obstante, se ha de

⁶³ Se trata de una acribia que no mostró Procopio, al menos en *Anec.* 18, 6. Sea como fuere, juzgan ficticia la cifra Walter Goffart, *Barbarians and Romans A.D. 418-584. The techniques of accommodation* (Princeton: Princeton University Press, 1980), pp. 231-234 (que señala algún paralelo literario), y Andy Merrills & Richard Miles, *The Vandals*, pp. 48-49. En cambio, Yves Modéran, “Les Vandales et le chute de Carthage”, en Claude Briand-Ponsard & Sylvie Crogiez (ed.), *L’Afrique du Nord antique et médiévale: Mémoire, identité et imaginaire* (Rouen: Université de Rouen, 2002), pp. 97-132, esp. pp. 104-105, así como Konrad Vössing, *Das Königreich der Vandalen* (Darmstadt: Philipp von Zabern Verlag, 2014), p. 39, afirman que no hay razones para dudar de ella. De hecho, prevalecen los estudios que la dan por buena sin mayores reservas. En realidad, lo único que aquí se podría criticar al Vitense es que, como va a ser su norma, atribuya sin vacilar el hecho a la arteria del monarca.

⁶⁴ *Hist. pers.* III 29-30. En todo caso parece probado algún tipo de control o sujeción: además de los testimonios aportados *supra*, n. 59, la *Notitia* nos informa de que Hunerico podía convocar a los obispos de Tripolitania y las Mauritaniae Sitifense y Cesariense; asimismo Procopio *Vand.* I 10, 22 y II 5, 5-6, menciona sin más explicaciones la reconquista de Tripolitania, Ceuta y Cesarea de Mauritania. La noticia, negada en su día por Christian Courtois, *Les vandales et l’Afrique*, pp. 175-182, la han dado por válida no hace mucho Andy Merrills & Richard Miles, *The Vandals*, pp. 65-66, o Yves Modéran, *Les vandales et l’Empire Romain* (Arles: Éditions Errance, 2014), pp. 145-152, entre otros.

⁶⁵ El móvil económico lo señala el propio Vitense (*Hist. pers.* I 5-6), que todavía en esta etapa no habla de una persecución por razones religiosas. Entre otros, defendió esta interpretación Ludwig Schmidt, *Geschichte der Wandalen* (Leipzig: Teubner, 1901), p. 68; más recientemente, también David Álvarez Jiménez, *El reino pirata de los vándalos*, pp. 97-98.

⁶⁶ Véanse, por ejemplo, Noé Villaverde Vega, *Tingitana en la Antigüedad tardía (siglos III-VII): autoctonía y romanidad en el extremo occidente mediterráneo* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2001), p. 106, y Darío Bernal Casasola, “Continuidad y cesura en las ciudades tardorromanas del Estrecho de Gibraltar. El *fretum Gaditanum*, un ámbito hispano-africano singular”, en Sabine Panzram & Laurent Callegarin (ed.), *Entre civitas y madina. El mundo de las ciudades en la Península Ibérica y en el norte de África (siglos IV-IX)* (Madrid: Casa de Velázquez, 2018), pp. 105-118, esp. pp. 106-108, quienes asocian con el paso de los vándalos la destrucción de algún núcleo urbano y el abandono de recintos fortificados en la Mauritania Tingitana. La misma causa aduce Jean Baradez, “L’enceinte de Tipasa et ses portes”, en *Mélanges d’Archéologie et d’Histoire offerts à A. Piganiol* (Paris: École Pratique des Hautes Études, 1966), pp. 1133-1153, esp. p. 1151, para la ruina de las murallas de Tipasa, en la Cesariense. A estas pruebas se podrían sumar los daños que se han

admitir que Víctor se excedió en sus acusaciones, pues en algún caso imputó a los vándalos estragos que no cometieron, como la destrucción de iglesias en Cartago,⁶⁷ o bien de los que no fueron responsables directos o únicos, como de la desolación de las provincias que quedaron en manos imperiales tras el 442.⁶⁸ Por otro lado, tampoco es posible aceptar en su literalidad el comentario referente al rápido decaimiento de las ciudades por aquellas fechas: hoy se coincide en que ni se trató de un proceso tan extendido o tan avanzado como se afirma, ni su única o principal causa estuvo en los destrozos del período de la invasión.⁶⁹ De la misma forma, no se puede considerar exacto el apunte acerca de la pacífica situación en que se encontraba África antes de la llegada de Geiserico y los suyos, pues por distintas fuentes sabemos que para entonces el territorio ya había sido testigo de enfrentamientos entre tropas romanas, así como de numerosas incursiones de tribus bereberes del interior.⁷⁰ Por último, con una precaución similar se han de leer también aquellos pasajes donde, con todo lujo de detalles y expresiones tomadas del Antiguo Testamento, se denuncia el salvajismo con que fueron tratados los romano-africanos: aunque atrocidades semejantes a las descritas se han dado en procesos bélicos de todas las épocas, y por ello no hay motivo para dudar *a priori* de la veracidad del relato, es cierto que

constatado en varios edificios públicos de Cartago y que, al menos según Yves Modéran, “Les Vandales et le chute de Carthage”, pp. 113-125, se produjeron con ocasión de su conquista.

⁶⁷ De *Hist. pers.* I 9 y 14-15 se desprende que las iglesias de la ciudad que no fueron entregadas al clero arriano fueron destruidas, un extremo que la Arqueología apenas puede documentar, según se advierte en Liliane Ennabli, *Carthage, une métropole chrétienne du IV^e à la fin du VII^e siècle* (Paris, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1997), p. 151; es más, se contradice con otros pasajes del texto, como I 25 o II 8-9, donde se constata que los nicenos siguieron contando con lugares de culto en Cartago. A este respecto Yves Modéran, “Les Vandales et le chute de Carthage”, pp. 106-107, sugiere que nuestro autor quizá solo se estuviera refiriendo metafóricamente al cierre o abandono de templos.

⁶⁸ *Hist. pers.* I 13. Aunque el dato encuentra confirmación (al menos con relación a la Cesariense) en *Nov. Valent.* XXXIII 2-3, actualmente se cree que la ruina de las provincias mauritanas que denuncia el Vitense fue sobre todo fruto de las incursiones de tribus bereberes. En todo caso, la devastación no debió de ser irreparable si las fincas de estos territorios fueron utilizadas poco después para compensar a las víctimas de las expropiaciones de Geiserico en la Proconsular. Véase a este respecto Konrad Vössing, *Das Königreich der Vandalen*, pp. 76-77.

⁶⁹ *Hist. pers.* I 8. En realidad fueron bastantes las ciudades que sobrevivieron a esta etapa. Además, las importantes transformaciones visibles en sus dimensiones y en el uso de espacios públicos se atribuyen actualmente al cambio de mentalidades y al proceso de ruralización que desde principios del siglo V estaba experimentando todo el Occidente romano. Véase, por ejemplo, al respecto Philipp von Rummel, “Where have all the Vandals gone? Migration, Ansiedlung und Identität der Vandalen im Spiegel archäologischer Quellen aus Nordafrika”, en Guido Berndt & Roland Steinacher (ed.), *Das Reich der Vandalen und seine (Vor-)Geschichten* (Wien: Österreichische Akademie der Wissenschaften, 2008), pp. 151-182, esp. pp. 153 y 167-169. En descargo de nuestro autor habría, con todo, que volver a señalar que no estaba en condiciones de entender la amplitud del fenómeno ni sus auténticas causas.

⁷⁰ A estos conflictos, que desmienten la idílica visión de *Hist. pers.* I 3, se refieren Próspero *Chron.* 1294 y Agustín *ep.* 189, 4 y, sobre todo, 220, 7. Sobre este particular ha tratado, entre otros, Claude Lepelley, “Quelques aspects de l’administration des provinces romaines d’Afrique avant la conquête vandale”, *Antiquité Tardive* 10 (2002), pp. 61-72.

en él se incluye algún episodio poco creíble. Tal ocurre con la masacre perpetrada para forzar la rendición de una ciudad (tal vez Hipona) por medio del hedor desprendido por los cadáveres: noticias como esta bien pueden proceder de alguna tradición oral mal entendida, pero en todo caso han sido exageradas o tergiversadas por Víctor.⁷¹ Así pues, queda de manifiesto que en la primera parte del opúsculo no faltan contradicciones, inexactitudes e hipérbolos, y que, como no podía ser de otro modo, los hechos han sido objeto de una intensa y eficaz reelaboración literaria. Ahora bien, también se ha comprobado que los datos concretos que se aportan pueden considerarse en su mayoría ciertos, o cuando menos verosímiles. Y en cualquier caso el relato nos ofrece una idea bastante aproximada del impacto que los horrores de aquellos años dejaron en la población local.

El resto del libro I se ocupa de los 38 años que mediaron entre la toma de Cartago (y con ella el establecimiento de un estado vándalo independiente) y la muerte de Geiserico. Se trata de un período largo y pródigo en acontecimientos, y hubiera sido particularmente valioso que nuestro autor hubiese recogido los más destacados o, al menos, ofrecido una visión de conjunto sobre este reinado. Sin embargo, muy pronto se hace patente que su interés lo acaparan casi por completo los atropellos del asdingo contra la población norteafricana, y de nuevo y sobre todo, contra el clero niceno. Es cierto que aquí y allá nos proporciona algún dato sobre cuestiones de índole diferente, pero, como ya se ha adelantado, a no ser que se trate de sucesos que incidan en la imagen negativa del monarca, la noticia no adquiere demasiado desarrollo. Consecuentemente, no nos debe sorprender que acontecimientos tan relevantes como el hábil juego de alianzas del vándalo, la estancia en Cartago de la emperatriz Eudoxia y sus hijas en calidad de rehenes, el matrimonio de su hijo Hunerico con la princesa Eudocia, los fallidos intentos de los ejércitos imperiales por reconquistar el norte de África, la posterior sanción de una *pax perpetua* con Constantinopla, o incluso las fuertes tensiones internas del nuevo reino no reciban la menor mención⁷². En realidad, ni siquiera la política religiosa de Geiserico puede ser reconstruida de forma satisfactoria, pues a este respecto la *Historia* apenas hace otra cosa que acumular casos de agresiones contra católicos, que, además, se atribuyen invariablemente a la codicia y animosidad del rey, sin mayor preocupación por discernir la auténtica motivación que hay tras cada uno de estos actos. En ese sentido se ha observado, tal vez con razón, que

⁷¹ *Hist. pers.* I 9. Ya Felix Papencordt, *Geschichte der vandalischen Herrschaft in Afrika* (Berlin: Duncker und Humblot, 1837), pp. 67, vio en el pasaje la posible deformación de otro hecho, como una mortandad causada por epidemias propagadas durante el asedio. Sea como fuere, ningún otro autor se refiere a una crueldad parecida, que por otra parte tampoco ha podido documentar hasta ahora hallazgo arqueológico alguno. Christian Courtois, *Victor de Vita*, p. 72, y Éric Fournier, ““To collect gold from hidden caves””, p. 142, extienden su desconfianza al capítulo donde los detalles de otra carnicería se exponen por medio de citas y expresiones del Antiguo Testamento (I 7).

⁷² Solo en el último de estos sucesos se podría señalar una salvedad: en *Hist. pers.* II 14 se comenta de pasada que Geiserico había mandado matar a una cuñada suya, un acto que alguna vez se ha querido relacionar con la sangrienta represión que, según Próspero *Chron.* 1348, siguió a una conjura de la nobleza vándala el año 442. En cambio, del importantísimo acuerdo con Zenón en el 474 no se dice absolutamente nada, y eso pese a mencionarse la presencia en Cartago del embajador imperial que llevó a cabo las negociaciones.

nuestro autor estaba interpretando esta época a partir de lo que estaba presenciando en la de Hunerico⁷³. Estas limitaciones se ven agravadas por otra circunstancia: hasta pasada la década central de la centuria no podemos contar realmente con un conocimiento directo de los hechos por parte del Vitense, quien continúa apoyándose en testimonios orales, tradiciones de carácter popular y fuentes escritas⁷⁴. Finalmente, conviene no perder de vista que entre estas últimas, al lado de sermones, alguna crónica local y material de archivo, empiezan a figurar *passiones*; de hecho, la presencia de este tipo de relatos va en aumento conforme la narración avanza.

Todos estos factores obligan a mostrar en esta parte de la obra una considerable cautela, que no tarda en verse justificada cuando se analizan los capítulos de contenido hagiográfico. Efectivamente, en ellos se detectan con facilidad elementos ciertamente novelescos, sobre todo en lo concerniente a las pruebas que han de afrontar sus protagonistas. Ahora bien, es justo reconocer que uno de los ingredientes más típicos de esta clase de narraciones —y para nosotros más disonante en una obra de historiografía—, la aparición de milagros y demás hechos sobrenaturales, no se prodiga demasiado en estos episodios.⁷⁵ Y en todo caso, exceptuando dichos componentes, en ellos es difícil encontrar datos que resulten inverosímiles o manifiestamente falsos. En realidad, desde nuestro punto de vista presentan bastante más interés los intentos por deformar los hechos que se advierten en pasajes ajenos a la infiltración de la literatura martirial, y que a veces llevan incluso a nuestro autor a incurrir en contradicciones. Un buen ejemplo a este respecto lo constituye la exposición de las medidas adoptadas por Geiserico tras la toma de Cartago: aunque los expolios, expropiaciones, esclavitud y destierro de la nobleza y clero de la ciudad (y tal vez los de toda la provincia) que se enumeran están sobradamente documentados en otros textos de la época,⁷⁶ el cotejo de los mismos pone también de manifiesto que Víctor, en su propósito de ofrecer una imagen lo más negativa posible, omitió deliberadamente ciertos aspectos de los acontecimientos. Así, mientras que de su relato se desprende que las confiscaciones de tierras y el exilio de la aristocracia cartaginesa tuvieron un carácter definitivo, por la *Vida de san Fulgencio* sabemos que algunas familias nobles pudieron regresar años más tarde, y aún recuperar parte de sus propiedades y estatus; más aún, gracias a un documento oficial reproducido en la *Historia* constatamos que las curias municipales, que desde siempre habían estado integradas por miembros de esta

⁷³ Así lo han señalado August Auler, “Victor von Vita”, pp. 263-264, y más recientemente, Éric Fournier, “To collect gold from hidden caves”, p. 151.

⁷⁴ Su primer testimonio personal no aparece hasta *Hist. pers.* I 40, capítulo en que narra un suceso que seguramente se produjo con posterioridad al 455.

⁷⁵ Resulta además significativo el especial cuidado que se pone en respaldar estos pocos relatos (véase *supra*, n. 6) con testigos presenciales.

⁷⁶ En efecto, todas estas medidas (*Hist. pers.* I 12 y 14-15) se recogen en Próspero *Chron.* 1339, Quodvultdeo *Temp. barb.* II 5, 11; Procopio *Vand.* I 5, 11-17; Ferrando *Vit. Fulg.* 1, *Nov. Valent.* XXXIII 3; Teodoreto *ep.* 29-36, 52-53 y 70, o Malco *frag.* 3.

nobleza, seguían existiendo en una fecha tan avanzada como el 484.⁷⁷ Y con el mismo tipo de verdad a medias nos encontramos cuando, en un momento posterior de la narración, se nos habla del empeño de Geiserico por expulsar de sus cargos en la administración a quienes no fueran o no se hicieran arrianos: o bien la medida se limitó a unos cuantos individuos o bien hubo de ser revocada más adelante, según se infiere de la existencia de cortesanos y dignatarios católicos -y no pocos- en época de su hijo y sucesor.⁷⁸ Por el contrario, algo menos claro parece el caso del pasaje donde se denuncia con cifras la casi completa extinción del episcopado católico en la Proconsular. Es cierto que el comentario queda en entredicho con los datos que se extraen de la *Notitia provinciarum et civitatum Africae*, y por ello en ocasiones se ha visto en él una falsificación flagrante de la realidad; ahora bien, probablemente nos hallemos ante una más de las actualizaciones que recibió el texto entre el 487 y el 489, por lo que habría que admitir la posibilidad de que nuestro autor se estaba refiriendo a la situación de esos mismos días, y no a la de aquellos en que el citado documento fue redactado, esto es, en vísperas del debate teológico del 484.⁷⁹

Sea como fuere, resulta obvio que también en esta parte del relato nos hallamos ante una presentación distorsionada de los hechos. Con todo, cuando se desciende al análisis de los datos concretos, los resultados no difieren gran cosa de los señalados para el período de la conquista. De entrada, una vez más se comprueba que muchas de las noticias más relevantes que la *Historia* ofrece se ven corroboradas en mayor o menor medida por otros textos coetáneos; por ello, en ausencia de hallazgos arqueológicos que las confirmen o refuten, generalmente se las ha dado por válidas incluso en los casos en que se insertan dentro de episodios de corte hagiográfico. De esa manera, nadie ha cuestionado las escasas y sucintas referencias a la política exterior del reino, como dos embajadas imperiales ante Geiserico,⁸⁰ las incursiones piráticas de este (y en particular su saqueo de Roma el 455),⁸¹ o la aparente sujeción de las tribus bereberes al poder vándalo.⁸² Y por ese mismo motivo, aunque a veces se difiera en su interpretación, tampoco se ha puesto en tela de juicio mucho de lo que se nos cuenta acerca de la vida diaria y organización interna del nuevo

⁷⁷ Ferrando *Vit. Fulg.* 1 e *Hist. pers.* III 10-12 respectivamente.

⁷⁸ La incoherencia se advierte en *Hist. pers.* I 43 y 48 (hostigamiento de dignatarios católicos), así como II 8-10 y III 11 (subsistencia de dichos funcionarios años más tarde).

⁷⁹ En ese momento, de acuerdo con la *Notitia*, el número de prelados de la Proconsular era de 54; en cambio, en *Hist. pers.* I 29 se afirma que, de 164, “ahora” solo quedaban 3. Sobre este pasaje, véase Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 288.

⁸⁰ *Hist. pers.* I 24 y 51. La primera de estas misiones diplomáticas se puede relacionar con una de las que, según Hidacio *Chron.* 161, Valentiniano III envió a distintos pueblos bárbaros tras el asesinato de Aecio en septiembre del 454; la segunda, encomendada el 474 por Zenón al patricio Severo, está confirmada por los testimonios de Malco *frag.* 3 y Procopio *Vand.* I 7, 26.

⁸¹ *Hist. pers.* I 24 y 51; estos ataques los mencionan también, entre otros, Sidonio Apolinar *carm.* II 348-351, V 61-62, VII 441 y XXIII 255-260; Hidacio *Chron.* 120, 131, 167 y 176; Próspero *Chron.* 1375, el conde Marcelino *Chron. a.* 455, o Procopio *Vand.* I 5, 1-5 y 22-24.

⁸² De *Hist. pers.* I 25 y 35-38 se deduce una relación de colaboración o sometimiento que también reflejan Sidonio Apolinar *carm.* V 335-338, Procopio *Vand.* I 5, 22 y 8, 1-2, y Pablo Diácono *Rom.* XIV 16.

estado: tal ocurre con la noticia de la apropiación de extensas fincas por parte del monarca y de la distribución de lotes de tierra en la Proconsular entre los miembros de su ejército,⁸³ lo mismo que con los testimonios sobre la composición de la corte y administración vándalas,⁸⁴ o con las alusiones a la pervivencia de ciertos espectáculos públicos y a la presencia de individuos de origen romano-africano en tareas administrativas.⁸⁵ Otro tanto cabría decir de mucha de la información concerniente a la vida religiosa del reino: aunque quizá sea en este punto donde la exposición del Vitense peca más de prejuicios y manipulaciones, se suelen aceptar sin mayor problema sus apuntes sobre incautaciones de iglesias, profanaciones de lugares y objetos sagrados o destierros de destacados miembros del clero católico, así como sus referencias a la extensión del credo niceno entre las tribus bereberes o a la gran libertad de acción de que disfrutaba el clero arriano.⁸⁶ Más significativo aún resulta que un episodio con un desarrollo tan marcadamente novelesco como el del conde Sebastián haya sido aceptado como esencialmente histórico y, excepción hecha de su componente religioso, se haya aprovechado para reconstruir la última parte de la biografía del personaje;⁸⁷ a este respecto merece también destacarse que la elogiosa referencia que dentro de este relato se dedica al conde Bonifacio se considera en general

⁸³ En *Hist. pers.* I 13 se exponen unas medidas que, si bien con alguna pequeña variación, recoge también Procopio *Vand.* I 5, 12-15. La concentración de vándalos en la Proconsular está confirmada además por hallazgos epigráficos y arqueológicos, como señala Philipp von Rummel, “Where have all the Vandals gone?”, pp. 163-164.

⁸⁴ A este respecto Víctor documenta dos novedades: la figura del milenario (*Hist. pers.* I 30) y la del prepósito del reino (II 15 y 43). Al primer cargo se refiere también Procopio *Vand.* I 5, 18 y II 3, 8; del segundo, en cambio, no existe otro testimonio. Sobre ambas figuras véase M^a Elvira Gil Egea, *África en tiempos de los vándalos*, pp. 276-279.

⁸⁵ El primer aspecto, que se deduce de *Hist. pers.* I 47, lo confirman Procopio *Vand.* II 6, 8, así como *Anth. Lat.* 100-103 y 310; el segundo, documentado en *Hist. pers.* I 43, 45 y 48, se deja ver también en Ferrando *Vit. Fulg.* 1.

⁸⁶ Todos estos aspectos se muestran en *Hist. pers.* I 9, 14-16, 22-23, 36-37 y 39-42 respectivamente. De las confiscaciones de templos se hacen eco Próspero *Chron.* 1339, *Cod. Iust.* I 27, 1 y Procopio *Vand.* I 21, 19 (que atribuye por error alguno de estos actos a Hunerico); este último historiador se refiere asimismo en I 8, 17 a las profanaciones llevadas a cabo por los vándalos (si bien en época de Guntamundo), y en I 8, 15-23 a los progresos en la evangelización de los bereberes, un extremo este que también se desprende de Ferrando *Vit. Fulg.* 5. A su vez, de la expulsión de prelados nicenos hablan Próspero *Chron.* 1327 (aunque refiriéndola al año 437) y Teodoreto *ep.* 52-53. Finalmente, las amplias atribuciones de que gozaba el clero arriano se dejan ver también en Ferrando *Vit. Fulg.* 6 y Gregorio de Tours *Hist.* II 3. La mayor parte de la crítica actual admite estos datos, si bien atribuyendo las medidas enumeradas a motivos políticos y no, como hace nuestro prelado, a una auténtica persecución religiosa. Véanse, entre otros, Andy Merrills & Richard Miles, *The Vandals*, pp. 180-181, o Jonathan Conant, *Staying Roman*, pp. 161-165.

⁸⁷ *Hist. pers.* I 19-21. Hidacio *Chron.* 144, el conde Marcelino *Chron. a.* 435 y Próspero *Chron.* 1342 (y en cierta medida también 1329) coinciden respecto al final de Sebastián. Sobre la historicidad de la anécdota que recoge Víctor, véase Jeroen W.P. Wijnendaele, *Last of the Romans: Bonifatius -Warlord and Comes Africae* (London: Bloomsbury Academic, 2014), pp. 113-114.

más fiable que las acusaciones de traición que le imputan otras obras historiográficas.⁸⁸ Por lo demás, el crédito otorgado a nuestro autor no solo se limita a los datos que se encuentran en otras fuentes: también se extiende a alguno más que únicamente figura en sus páginas, como el contenido del acuerdo al que, probablemente en otoño del 476, llegaron Geiserico y Odoacro respecto a la posesión de Sicilia.⁸⁹ En definitiva, se ha de reconocer que el primer libro del opúsculo, si bien no proporciona un relato cabal de los primeros tiempos del estado vándalo, al menos transmite una cantidad nada despreciable de información relevante sobre este.

Según se ha adelantado, los años de Geiserico son, en el plan general de la obra, poco más que el preámbulo de su principal objetivo, que se halla en el breve reinado de Hunerico (477-484). Ahora bien, ni siquiera este interesa en su totalidad: tras despachar en unos pocos capítulos sus cinco primeros años, que sin mucha concreción se llegan a calificar de suaves y moderados⁹⁰, la narración no tarda en centrarse en las medidas que el monarca adoptó contra la comunidad nicena desde aproximadamente el 482 hasta su muerte el 484; en realidad, los sucesos de este último año son los que van a acaparar la mayor parte de los 172 capítulos que conforman los libros II y III de la *Historia*. Esta limitación temporal y el interés en asuntos religiosos, más acusado aún que en el libro precedente, hacen que de nuevo la exposición sobre el período sea todo menos completa y equilibrada. Así pues, se debe reconocer que, exceptuando algún punto concreto, nuestro texto vuelve a ser en buena medida un repertorio de la crueldad del rey y de las atrocidades sufridas por los católicos a manos de los arrianos; mientras tanto, hay una serie de hechos de considerable relevancia que o no se tratan en profundidad, o se abordan solo en sus derivaciones religiosas, o simplemente se silencian, según se advierte respectivamente en cuestiones como las graves tensiones provocadas por las medidas sucesorias de Hunerico,⁹¹ las relaciones diplomáticas con la corte imperial⁹² y la progresiva expansión territorial de las

⁸⁸ Como, por ejemplo, Jordanes *Get.* 33, 167 y *Rom.* 330, o Procopio *Vand.* I 3, 22-26. Sobre este particular resultan interesantes las reflexiones de M^a Elvira Gil Egea, *África en tiempos de los vándalos*, pp. 181-184, o Jeroen W.P. Wijnendaele, *Last of the Romans*, p. 76.

⁸⁹ *Hist. pers.* I 14. Frank Clover, "A Game of Bluff: The Fate of Sicily after A.D. 476", *Historia* 48, 2 (1999), pp. 235-244, esp. pp. 237-239, se ha servido de este apunte para trazar la historia de la isla por aquellos días.

⁹⁰ *Hist. pers.* II 1 y 12. No obstante, incluso este aspecto positivo se achaca a la arteria del monarca.

⁹¹ *Hist. pers.* II 12-17. Aparentemente el único interés de Víctor en estos capítulos es el de destacar el carácter sanguinario del asdingo incluso con los suyos. No obstante, según Konrad Vössing, *Das Königreich der Vandalen*, pp. 118-124, la cuestión sucesoria fue uno de los desencadenantes de las disposiciones anticatólicas del rey, una circunstancia que nuestro autor bien pudo conocer, pero que no juzgó necesario explicitar de cara a un público que, próximo a los acontecimientos como estaba, también sabía de ella. En este sentido, es bastante revelador que los episodios relacionados con dicho asunto se inserten entre el pasaje donde se habla del comienzo de la persecución y los capítulos que narran las primeras medidas de la misma.

⁹² *Hist. pers.* II 3-5, 38 y III 32. Una vez más solo se tratan los aspectos religiosos de las embajadas, aunque por Malco *frag.* 13 sabemos que al menos la primera de ellas, la dirigida por Alejandro en el 479, tenía motivaciones principalmente económicas.

tribus bereberes.⁹³ Finalmente se ha de señalar que, en su exposición de este período, el Vitense apenas recurre a fuentes literarias, pues se basa mayoritariamente en su propio testimonio o, merced a los excelentes contactos que demuestra, al de los protagonistas de los hechos o al de sus testigos presenciales; a este respecto merece subrayarse que en varias ocasiones transcribe documentos de carácter oficial que permiten seguir muy de cerca el curso de los acontecimientos. Como contrapartida, se debe reconocer que, salvo en contadas ocasiones, sus datos no se pueden contrastar con hallazgos arqueológicos; y tampoco se puede esperar demasiado del cotejo con otros escritos contemporáneos, ya que los pocos que se refieren al reinado de Hunerico se centran de forma casi exclusiva, y por descontado nada favorable, en sus disposiciones contra los católicos.

En todo caso, lo que sí parece claro es un conocimiento directo de los hechos, si bien ello no tiene por qué asegurar una exposición precisa, y mucho menos objetiva, de los mismos. De entrada, como se ha puesto de relieve en repetidas ocasiones, es en esta parte de la obra donde más se intensifica la elaboración literaria del material y el recurso a mecanismos propios de la apología. Buena prueba de ello constituye uno de los pasajes más conocidos y logrados de la *Historia*, la descripción de la sequía y consiguiente hambruna que azotaron el reino vándalo en el 484: en efecto, en su búsqueda de efectos dramáticos, Víctor se deja llevar por sus modelos estilísticos hasta el punto de olvidarse en algún momento de la realidad que pretende narrar.⁹⁴ Por otra parte, sigue recurriendo a explicaciones teológicas de los acontecimientos y a paralelismos con textos bíblicos, y no renuncia a incluir episodios de naturaleza prodigiosa.⁹⁵ Y por supuesto, tampoco deja de incurrir en exageraciones y ambigüedades. Entre estas últimas destaca el uso indiferenciado que a veces se hace de los términos “confesor” y “mártir” a fin de sugerir que hubo más muertes de las que en verdad se produjeron,⁹⁶ un propósito que también se persigue

⁹³ Este hecho se conoce por los testimonios de Procopio *Vand.* I 8, 5 y *Aed.* VI 7, así como por ciertos hallazgos epigráficos. Nuestro autor tampoco menciona el abandono por parte de Hunerico de la agresiva política exterior de su padre; lo mismo ocurre con las iniciativas edilicias del nuevo monarca, un aspecto este último que puede deducirse de la *Notitia* y que encuentra cierto eco en *Anth. Lat.* 387. En cambio, en la denuncia de la codicia del rey visible en *Hist. pers.* II 2 puede percibirse una alusión a sus reformas fiscales. Véanse al respecto Andy Merrills & Richard Miles, *The Vandals*, p. 58.

⁹⁴ Se trata de *Hist. pers.* III 55-60, unos capítulos para los que se han llegado a proponer modelos como Tucídides, Lucrecio, Virgilio, Cipriano o la Biblia. Sobre los lapsus del Vitense en su descripción de la catástrofe, véase Éric Fournier, “To collect gold from hidden caves”, pp. 141-142.

⁹⁵ Sobre la presencia de este tipo de relatos (donde ahora no se insiste tanto en la solvencia de los testigos) y las mencionadas interpretaciones, véase *supra*, n. 6 y 11 respectivamente. Entre los paralelos bíblicos, particularmente frecuentes en *Hist. pers.* III 55-57 y 66-80, destacan los basados en los *Salmos* y las *Lamentaciones* de Jeremías.

⁹⁶ Nuestro autor, que en *Hist. pers.* I 30, 47 y III 26 demuestra conocer la diferencia entre ambos vocablos, en II 29, 34, III 22-24 o 28 emplea el primero de ellos en el sentido del segundo. Ha incidido sobre el particular Danuta Shanzer, “Intentions and Audiences”, pp. 283-286, si bien sus observaciones han sido matizadas por Elena Zocca, “Mutazioni della tipologia martiriale in età vandolica: un diverso punto di osservazione sulla “persecutio” anticattolica”, en Alessandra Bartolomei Romagnoli, Ugo Paoli &

cuando, en medio del relato de las ejecuciones y torturas de las víctimas de la persecución religiosa, se describen con idéntico detalle los castigos a reos de derecho común.⁹⁷ Por lo demás, hasta dónde puede llegar nuestro autor en sus hipérboles lo muestra el episodio de Tipasa: pese a tratarse de una población relativamente importante, no vacila en afirmar que casi todos sus habitantes huyeron a la vez a Hispania tras la ordenación y llegada a la ciudad de determinado obispo arriano.⁹⁸ Y parecido artificio cabe sospechar cuando denuncia el trato dispensado a los prelados nicenos durante su exilio: ciertamente su situación no hubo de ser fácil, pero el rigor descrito queda de alguna manera en entredicho si se repara en la considerable libertad de movimiento de la que, incluso en lo más recio de la persecución, pudo gozar alguno de ellos.⁹⁹ Por último, una vez más resulta evidente que ciertos hechos han sido tergiversados, o cuando menos se han interpretado erróneamente. Tal ocurre con el relato de alguno de los intercambios diplomáticos con Constantinopla, así como con la noticia de la entrega de una suerte de salvoconducto a los recién convertidos al credo homoiano: en el primer caso se deja entrever que en las relaciones entre ambos estados era un arrogante Hunerico quien llevaba la iniciativa, cuando la realidad debió de ser más bien la opuesta;¹⁰⁰ en el segundo, no se tiene empacho en presentar una disposición ciertamente razonable y clemente, pues buscaba ahorrar más violencias a los conversos, como una nueva muestra de la maldad de los arrianos, prevista además en el *Apocalipsis*.¹⁰¹

Pierantonio Piatti (ed.), *Hagiologica. Studi per Réginald Grégoire I* (Fabriano: Monastero San Silvestro Abate, 2012), pp. 597-631, esp. pp. 621-622.

⁹⁷ *Hist. pers.* III 31-32. Véase al respecto Konrad Vössing, *Victor von Vita*, p. 188, n. 310.

⁹⁸ *Hist. pers.* III 29. Margarita Vallejo Girvés, “Dos casos de comunidades cristianas en el exilio: Tipasa, Durostorum y el traslado de sus reliquias”, *Vetera Christianorum* 44 (2007), pp. 323-341, esp. p. 332 (en https://www.academia.edu/8598523/_Dos_casos_de_comunidades_cristianas_en_el_exilo_Tipasa_Durostorum_y_el_traslado_de_sus_reliquias_Vetera_Christianorum_44_2007_323_341), calcula en 10000 los habitantes de la ciudad, por lo que juzga la noticia prácticamente imposible.

⁹⁹ *Hist. pers.* III 53-54, donde se nos cuenta el caso del obispo Habetdeo de Tamalluma. El episodio, por contradictorio, llamó ya la atención de Christian Courtois, *Victor de Vita*, pp. 79-80, así como de Serge Lancel, *Victor de Vita. Histoire de la persécution vandale en Afrique*, p. 329, n. 480-481, y Robin Whelan, *Being Christian in Vandal Africa. The Politics of Orthodoxy in the Post-Imperial West* (Berkeley: University of California Press, 2018), pp. 144-147. A estos dos ejemplos de exageraciones añade Éric Fournier, “To collect gold from hidden caves”, p. 148, el de las brutales decalcaciones descritas en II 9, que para él habrían sido simples rapados forzados; no obstante, la extensión por la época de este castigo por métodos cruentos hace en principio creíble la noticia del Vitense (no así la de la ceguera y la muerte que, como resultado de esta pena, les sobrevino a varias de las víctimas).

¹⁰⁰ *Hist. pers.* II 38 y III 32. Frente a lo que se deduce de estos testimonios, Malco *frag.* 13 subraya el deseo del monarca por llegar a cualquier tipo de arreglo para evitar un enfrentamiento. En un sentido similar, Jonathan Conant, *Staying Roman*, p. 35, sugiere que el comportamiento altanero del vándalo ante un embajador imperial pudo deberse al despecho por el escaso rango del mismo.

¹⁰¹ *Hist. pers.* III 47. A estas malinterpretaciones se puede añadir otra de menor entidad: la relativa al alimento proporcionado por los bereberes a los clérigos deportados, que en II 37 se considera un acto más de crueldad, cuando por Procopio *Vand.* II 6, 13 sabemos que era el tipo de comida habitual de dicho pueblo.

Se constata, pues, que la mayor cercanía del Vitense a los hechos en estos dos libros no ha tenido como consecuencia el que en ellos disminuyan las deficiencias que se le imputan, sino todo lo contrario. Ahora bien, el análisis de los datos concretos se encuentra con unas circunstancias similares a las señaladas para el libro I, por lo que no son de esperar unos resultados muy diferentes. De ese modo, aunque no en todos sus detalles, varias noticias relevantes aparecen una vez más recogidas en otras fuentes literarias contemporáneas: aparte de alguna de las embajadas ya comentadas, es lo que sucede con la purga que hacia el 481 llevó a cabo Hunerico entre los miembros de su familia a causa de sus proyectos sucesorios,¹⁰² y también con el destierro al que en el 482 se condenó a los clérigos de la Proconsular.¹⁰³ Y lo mismo se puede decir de la gran persecución del 484, sus protagonistas, varias de sus medidas concretas y la suerte corrida por algunas de sus víctimas, así como de ciertos hechos de naturaleza sobrenatural.¹⁰⁴ Entre estos últimos cabe destacar el protagonizado por los habitantes de Tipasa que, tras sufrir la amputación de sus lenguas, pudieron volver a hablar: aunque aparentemente se trata de uno más de los milagros incluidos en el opúsculo, no se puede soslayar que de este caso da también fe un considerable número de escritos de la época, principalmente historiográficos y de procedencia oriental, lo que al menos sirve para certificar su repercusión.¹⁰⁵ En menor medida, lo mismo ocurre con noticias como la de la curación de un ciego y la de la horrible muerte de Hunerico: su presencia en otras obras apunta, más que a simples invenciones de nuestro autor, a habladurías con origen en el clero cartaginés y extendidas luego entre la

¹⁰² *Hist. pers.* II 12-14, donde se exponen unos hechos de los que de alguna manera se hace eco Jordanes *Get.* 36, 184, y que hasta hoy nadie ha puesto en duda.

¹⁰³ *Hist. pers.* II 26-37. Al episodio se refiere también Víctor de Tunnuna *Chron. a.* 479, quien sin embargo ofrece un número de deportados algo inferior (unos 4000 frente a los 4966 que señala nuestro autor). Por otra parte, el relato de las penalidades sufridas por los religiosos, que en algunos aspectos es el primero de este tipo en la historia de la literatura, resulta perfectamente creíble pese a la intensa elaboración retórica de que ha sido objeto: acontecimientos no muy distantes de nuestros días se han encargado por desgracia de confirmar hasta sus detalles más extremos y escabrosos.

¹⁰⁴ De la magnitud de la persecución hablan principalmente *Lat. reg. Vand.* 5, Procopio *Vand.* I 8, 3-4, el conde Marcelino *Chron. a.* 484 y Víctor de Tunnuna *Chron. a.* 466 y 479 (estos dos últimos mezclando, no obstante, datos correspondientes a los años 482 y 484). Algunas de estas fuentes se refieren también a las torturas y ejecuciones de los católicos, el cierre de sus iglesias o el exilio de sus prelados (una disposición confirmada también por la *Notitia*). A su vez, el protagonismo que adquirieron en los hechos el obispo Eugenio y el patriarca arriano Cirila queda de manifiesto en Gelasio I *ep.* 95, 63 y en Gregorio de Tours *Hist.* II 3 respectivamente. Por último, el destino de religiosos como el propio Eugenio (destierro bajo durísimas condiciones) o Leto (muerte en la hoguera) lo transmite también Víctor de Tunnuna; el de los monjes de Gafsa lo recoge la anónima *Passio* dedicada a estos mártires.

¹⁰⁵ *Hist. pers.* III 30. La historia se halla también, a veces con adornos más novelescos que en el relato del Vitense, en Eneas de Gaza *dial.* (PG 85, p. 1001), el conde Marcelino *Chron. a.* 484, Procopio *Vand.* I 8, 4, Víctor de Tunnuna *Chron. a.* 479, *Cod. Iust.* I 27, 1.4, o Gregorio Magno *dial.* III 32, entre otros. Ya Franz Görres, “Beiträge zur Kirchengeschichte des Vandalenreiches”, *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie* 36.1 (1893), pp. 494-511, esp. pp. 494-500, ofreció una explicación racional del “milagro”.

población, que el Vitense, eso sí, habría aceptado sin demasiado sentido crítico.¹⁰⁶ Por lo demás, incluso un relato como el de la sequía y la hambruna del 484, repleto como se ha dicho de artificios retóricos y en gran medida deudor de modelos literarios, ha hallado cierto respaldo en la Arqueología, lo que autoriza a darlo por cierto, por lo menos en sus líneas más básicas.¹⁰⁷ Finalmente, no se debe olvidar que en esta parte del texto se reproducen cinco documentos oficiales, algunos de ellos de notable amplitud, que tanto por contenido como por forma parecen genuinos, razón por la que hasta el momento presente prácticamente nadie ha dudado de ellos;¹⁰⁸ particularmente valioso en este sentido es el edicto real de febrero del 487, pues, además de ser uno de los primeros ejemplos de legislación escrita en un reino bárbaro, corrobora muchas de las disposiciones contra la comunidad nicena y su clero que en la *Historia* se denuncian y se ilustran con casos concretos.

Aunque el examen del contenido de la obra podría extenderse a algún dato más, lo expuesto hasta aquí resulta suficiente para extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, parece claro que nuestro autor pretendió escribir una obra de historiografía, o al menos se atuvo conscientemente a las principales convenciones del género; las infiltraciones de la hagiografía y la apología o el marcado retoricismo del texto, más que como defectos, deberían entenderse como rasgos característicos de la historiografía cristiana de la época. Por otro lado, no se puede negar que Víctor se hallaba en una posición de privilegio para realizar una exposición solvente de los hechos, pues la mayor parte de ellos los conocía de forma directa o a través de sus protagonistas o testigos presenciales. Desgraciadamente, pese a este excelente punto de partida, se ha de admitir que nuestro opúsculo no sirve para reconstruir la historia del reino vándalo, pues el relato que ofrece no es ni completo ni mucho menos objetivo: en su propósito de reafirmar a su comunidad en su fe e identidad, el Vitense realiza una clara selección de materiales, que a menudo deriva en una acumulación de escenas de injusticia y violencia donde el detalle truculento prevalece sobre el análisis de las causas, y que dan como resultado una visión

¹⁰⁶ *Hist. pers.* II 47-51 y III 71 respectivamente. El primer suceso lo celebra, si bien con ciertas diferencias, Gregorio de Tours *Hist.* II 3; el segundo lo transmiten, con variaciones, el mismo Gregorio, *Lat. reg. Vand.* 6 y Víctor de Tunnuna *Chron. a.* 479. El punto de partida de este último apunte pudo hallarse en la enfermedad de la que, según Procopio *Vand.* I 8, 5, falleció el monarca, y que casi de inmediato habría sido “adornada” con las características del tipo de muerte que, en la tradición bíblica y cristiana, se reservaba a los gobernantes perseguidores de fieles.

¹⁰⁷ Frank Clover, *The Late Roman West and the Vandals* (Aldershot: Routledge, 1993), pp. 15-17, ha relacionado con esta calamidad varios enterramientos comunes hallados en una villa junto a Cartago.

¹⁰⁸ De hecho, Víctor ni siquiera intenta adaptar a su lengua o estilo estos documentos, como prueba el que en alguno de ellos aparezcan fórmulas y giros propios del latín cancilleresco, o formas germanizadas de nombres propios que no se repiten en otros lugares de la obra (como, por ejemplo, *Hunirix* en vez del común *Huniricus*). En realidad, únicamente en la falta de suscripción de uno de los tres edictos transcritos (*Hist. pers.* II 2-3) puede sospecharse algún tipo de alteración. Respecto a su autenticidad solo Roland Steinacher, “Who is the Barbarian?”, p. 454, ha mostrado cierta reticencia, pero sin apoyarla con argumentos convincentes.

parcial y muy distorsionada de la realidad. Así pues, desde una perspectiva general, la conclusión más fiable que se puede extraer de la *Historia* es la idea que el clero y un sector de las capas altas de la población romano-africana de credo católico podía hacerse de la dominación de unos bárbaros arrianos. Ahora bien, todo ello no significa que el valor documental del texto deba ser sistemáticamente cuestionado o desechado: pese a sus exageraciones retóricas, ambigüedades calculadas, interpretaciones viciadas o erróneas y consiguientes contradicciones, buena parte de la información que contiene aparece también en otras fuentes literarias, y no rara vez se ve confirmada incluso por hallazgos arqueológicos. En ese sentido, se ha podido comprobar que realmente son pocas las ocasiones en que se detectan falsedades flagrantes en sus páginas, algo lógico teniendo en cuenta que el autor se dirigía a un público muy cercano en espacio y tiempo a los hechos, y por lo tanto buen conocedor de los mismos. En definitiva, si bien la *Historia de la persecución vándala en África* debe, en su conjunto, ser manejada con bastante precaución, como tantas otras obras historiográficas de la Antigüedad tardía, creemos que constituiría un error desdeñar el arsenal de datos, algunos de ellos únicos y ciertamente valiosos, que suministra. A ese respecto convendría subrayar una vez más lo que incluso varios de sus más duros críticos han debido reconocer: que, pese a todas las deficiencias que se le puedan achacar al texto, sin él nuestro conocimiento del África vándala sería considerablemente más reducido.

Resumen: El presente trabajo se propone principalmente analizar la fiabilidad de la *Historia de la persecución vándala en África* de Víctor de Vita. Para ello se intenta establecer en primer lugar el género literario de la obra, su fecha de composición y su público, y a continuación se estudian las principales noticias que contiene, su veracidad y sus posibles manipulaciones. Finalmente se concluye que, aunque la visión que el autor ofrece sobre el reino vándalo está llena de prejuicios y muy distorsionada, los datos concretos que aporta son por lo general ciertos y merecen ser tenidos en cuenta.

Palabras clave: Víctor de Vita; literatura latina; historiografía cristiana; reino vándalo; persecución religiosa.

Abstract: The present paper aims mainly to study the reliability of Victor of Vita's *History of the Vandal persecution in Africa*. For that purpose we first try to establish the work's literary genre, its date of composition and audience, and then analyse the main facts it contains, its truthfulness and possible manipulations. We finally conclude that, although the author's view of the Vandal realm is greatly biased and distorted, the precise facts he conveys are in general true and therefore worth taking into account.

Key words: Victor of Vita; Latin literature; Christian historiography; Vandal realm; religious persecution.